

Unidad 1: Una baronesa nerviosa

Siri entra por la puerta del lateral izquierdo. Viene vestida con abrigo, sombrero y guantes, trae una lámpara de keroseno encendida en la mano y varias bolsas además de su cartera. Hay una lámpara de guardia en el centro del escenario. Atraviesa el espacio escénico hasta foro derecho donde están amontonadas las dos mesas con las sillas. Coloca la lámpara y la cartera sobre la mesa y las bolsas sobre una de las sillas. Se quita el sombrero, los guantes, el abrigo. Siente frío. Se apura hacia la zona que está detrás de un panel o una cortina donde estará la cocina que no se ve. Allí enciende las luces del escenario, unas luces ámbar que dan a la escena una atmósfera “impresionista”. Siri sale con un plumero en la mano y un delantal va hasta la mesa y apaga la luz de la lámpara. Quita la lámpara y la cartera y la pone sobre la mesa cuadrada que sirve de escritorio a la oficina del bar. Se pone el delantal y corre la mesa redonda hasta Centro-Centro (Off). Regresa al escritorio y coge el plumero. A toda carrera le pasa el plumero a la mesa. Regresa atrás por las sillas. Les pasa el plumero. Va hasta el sofá que está también en el lateral izquierdo y lo encuentra muy sucio. Con mucho trabajo le da la vuelta al sofá para que solo se vea el respaldo. Se tropieza con dos palanganas y un tibor que están en el suelo. Strindberg entra sale de la cabina de luces y se queda mirándola con una sonrisa desde la platea. Siri recoge las palanganas y el tibor y no sabe qué hacer con ellos. Camina hasta la escalera y los pone en el escalón superior. Trata de mover la escalera, pero pesa demasiado para ella.

SIRI. Me cago en la madre que la parió... mal rayo te parta maldita escalera, ojalá que te caiga comején y te desbarates... en mala hora se les ocurrió meter esta basura aquí...

(Strindberg aplaude)

Escena II. Unidad 1: La llegada de la divinidad

STRINDBERG. *(Entra sigilosamente por el público, escucha con placer las maldiciones.*

Aplaude. Desde el mismo lugar a donde llegó en la entrada) Así quería oírte, dando un escándalo como una vulgar criada. ¡Gritando chusmerías!

SIRI. *(Un pequeño susto. Corre hacia proscenio y le habla desde allí)* Una aparición típica de Strindberg, teatral, tratando de golpear con ironías. ¿Desde cuándo sabes tú como insultan las criadas?

STRINDBERG. *(Baja las escaleras de la platea y se encamina al escenario)* ¡Insultando!

(Subiendo al escenario, le toma una mano a Siri y se la besa respetuosamente. Todo lo que dice tiene la intención de ser simpático y de limar las asperezas de ese primer encuentro después de tanto tiempo. Todavía con la mano de Siri retenida entre las suyas, están en Centro Proscenio)

¡La flamante directora del nuevo teatro Strindberg de Copenhague, insulta una pobre escalera escenográfica! Se puede apreciar que es una señora encantadora, sobre todo cuando mueve orinales y maldice. *(Le suelta la mano y se da una vuelta por el escenario. Mientras se quita abrigo, sombrero y guantes que pone sobre la mesa. Siri camina hacia el lateral izquierdo echándole una mirada. Se detiene allí. Strindberg ha terminado la vuelta de 360° y le dice desde el centro del escenario)* ¡Qué bonito! Y ¿cuándo empieza el ensayo?

SIRI. *(Siri se mueve en diagonal hacia él, mientras habla, recoge la ropa que dejó sobre la mesa)* ¡Qué acontecimiento! *(Le agarra la cara entre las manos)* El delicado señor Strindberg,

vivito y coleando. ¡Fantástico! *(Strindberg se acerca a la mesa de la obra y se sienta. Siri va hacia la cocina a colgar la ropa en una percha para sombreros)* El señor se aparece a la primera lectura de su obra sin ser invitado, por su propia iniciativa se presenta en persona en el teatro

Dagmar y además me dirige la palabra por primera vez en mucho tiempo. *(Siri regresa y se sienta)* ¡Vivir por oír!

STRINDBERG. *(Strindberg le pasa el dedo a la superficie de la mesa y ve que tiene polvo mientras dice)* Ver.

SIRI. ¿Cómo?

STRINDBERG. *(Strindberg se levanta y recoge un trapo del escritorio regresa a la mesa y comienza a limpiar el pedazo en donde está sentado para poner los codos. Estas acciones van acompañadas del texto)* ¡Ver! ¡Ver! ¡Ver! ¡Y no oír! “Vivir por ver”. Se dice así. Es una frase hecha. *(Pone un brazo sobre la mesa e inmediatamente se lo revisa. Tiene polvo vuelve a pasar el trapo.)* Has vuelto a descuidar el idioma. ¡Y no te puedes permitir eso si quieres retomar tu carrera de actriz y ganarte la vida tú solita!

Unidad 2: Hace falta disciplina *(Los dos están sentados como en La más fuerte)*

SIRI. Desde hace media hora.

STRINDBERG. ¿Media hora?

SIRI. A lo mejor te entendí mal. ¿No me acabas de preguntar que cuándo empieza el ensayo? Claro que sí, me lo preguntaste. Respuesta: el ensayo comenzará hoy hace media hora.

STRINDBERG. Ah, ¿sí? Pero por lo que veo... aquí no hay nadie. Ni un alma.

SIRI. ¡Exacto! ¡No eres tan bobo como pareces!

STRINDBERG. Bueno... ¿Entonces?

SIRI. Se atrasó una hora... *(Strindberg se levanta y vuelve a mirar alrededor. Se mueve en diagonal hasta el escritorio atraído por las botellas de bebida. Se detiene en el extremo derecho del escritorio)* Como recibimos tu notica en la que nos anunciabas el deseo de estar presente en el ensayo de hoy, ¡retrasamos la hora! Digamos que... ¡a petición del público!

STRINDBERG. *(Girando hacia ella con una botella en la mano)* ¿Te has echado al pico toda la bebida que falta en esas botellas?

SIRI. *(Se levanta y camina hacia él)* Por supuesto. *(Le quita la botella de la mano y coge dos vasos de una bandeja que está en el escritorio y sirve dos tragos. Le brinda uno a Strindberg y ella levanta el suyo. Chocan los vasos y se toman de un solo trago la bebida servida. Vasos sonados)*

STRINDBERG. ¿Pero qué coño hacen en el escenario todas esas botellas? A ver cuéntame... y con lo que gusta a ti empinar el codo. Es verdaderamente significativo.

SIRI. No creas, querido. Desgraciadamente no fui yo. El bar de al lado utiliza el escenario como oficina desde que no hay funciones. Y aquí, ¡bien sabe Dios que no se hace teatro desde hace un millón de años! Pero pronto las recogeremos porque aquí vamos a representar ¡a Strindberg!

Unidad 3: La inminencia del proyecto

STRINDBERG. *(Camina en diagonal hasta centro izquierdo, mientras saca el reloj de bolsillo)* Bueno, bueno, no lo digas así que me pongo nervioso. *(Girando hacia ella)* Y ¿cuándo van a empezar?

SIRI. *(Mientras reorganiza las botellas poniéndolas en el suelo)* Ni idea. Pero no te preocupes, se las llevarán. ¡Seguro!

STRINDBERG. *(Se acerca un poco)* Me refería al resto del equipo de la obra... porque tengo entendido que aquí va a haber un ensayo ¿no?

SIRI. *(Ella se acerca, los dos frente a la mesa de la obra)* Ah, enseguida.

STRINDBERG. *(Le pasa agarra el brazo a Siri y lo pone en el suyo. Juntos caminan hasta el borde del proscenio. Los dos contemplan el lunetario)* Lo has armado todo tú solita. Teatro, actores, dirección. Eres tan tremenda... muy fuerte. Sí, sí. Fuerte. *(Le da un beso en la frente.*

Siri está muy sorprendida) Muchas gracias. Lo solucionaste con una... fuerza... terrible. Sí. Yo tengo un miedo espantoso. Espantoso.

Unidad 4: Miedo, masculinidad y misoginia

SIRI. *(Mirándolo fijamente un momento sin decir nada)* ¿Y por qué no escribes sobre eso?

Sobre tu miedo. En lugar de escribir novelitas en las que un profesor, una especie de súper hombre tiene un enfrentamiento con un gitano, al que describías con insufribles clichés racistas. ¡Qué novela tan mala y tan mentirosa! ¡Tan infundiosa! ¿Se dice así?

STRINDBERG. *(Sale con el bocadillo a buscar un trago más. Va en diagonal por el centro. Siri lo sigue caminando diagonal hasta el sofá por la derecha. Se sienta mirando el escritorio en el sofá que está con el fondo hacia el público. Se acomoda con la espalda puesta sobre el brazo del sofá que está apuntando hacia el lateral derecho. Strindberg se sirve otro trago)* ¡Por eso! ¡Porque si hubiera escrito la verdad, que tengo miedo, y además un miedo espantoso! ¡Entonces todo el mundo hubiera tildado de mariquita y no como el hombre que soy! *(Se toma el trago)*

SIRI. Vaya, vaya. Claro.

STRINDBERG. *(Camina hacia el sofá y se sienta contra el otro brazo del sofá, frente a frente a Siri)* Además, mis estudios sobre el alma de la mujer me han despertado el interés por la psicología del criminal femenino. Tú sabes... la mujer tiene también una naturaleza criminal... son cosas que están muy ligadas unas contra otras. Hay que estudiar todo eso.

SIRI. A propósito, la gánster ya debería estar aquí. *(Se levanta y va hasta la puerta del lateral izquierdo)*

STRINDBERG. *(Se acerca)* ¿Quién? ¿Qué gánster va a venir aquí...?

SIRI. No, no, ningún gánster. Usando tus reflexiones sobre la mujer, me refería a la actriz que va a trabajar conmigo, una de esas naturalezas criminales que acabas de mencionar.

STRINDBERG. *(Camina hacia la escalera mientras habla. Se sube a lo alto)* ¡Qué graciosa!
(Siri adelanta un poco y se coloca en el lugar que se encontraba Strindberg)

Escena III. Unidad 1: Aparición teatral

SCHIWE. *(Hace una entrada primorosa por la puerta del lateral. Siri está enfrente, Strindberg sobre la escalera. Muy teatral, deja caer negligentemente el abrigo, comienza a caminar, solo uno o dos pasos, con una hermosa cadencia, se dirige a Siri con los brazos abiertos, se detiene y sonríe.)* ¡Aquí tenemos a la encantadora directora del Teatro Strindberg! ¡Siempre la primera en llegar al escenario! ¡Una delicada flor en el exuberante jardín teatral! ¡Siri! *(Sigue con los brazos abiertos hasta que lo frena la mirada de aviso que le lanza ella).* ¿Qué?

Unidad 2: La presentación

(Ve a Strindberg, cambia indeciso la dirección de la marcha dirigiéndose hacia él todavía con los brazos abiertos, se detiene con aspecto de oveja despistada y se pone a dar vueltas a las manos sin ton ni son)

STRINDBERG. ¿Y esto qué coño es?

SIRI. *(Se acerca hacia la escalera)* Bueno, los presento primero... Augusto Strindberg... y...

SCHIWE. *(Después de soltar una exclamación exuberante, inicia una retirada en diagonal hacia proscenio izquierdo y a lo grande inicia la repetición de su entrada)* ¡Señor Strindberg! ¡No puedo dar crédito a mis ojos! *(Diciéndoselo a sí mismo con un acento del movimiento hacia el público)* ¿Es el señor Strindberg en persona? ¡Sí! *(Mirándolo desde lejos)* ¡Tiene que ser usted! ¡Es usted! ¡No me equivoco! ¡Le suplico humildemente que me permita presentarme al tener el honor de poder saludarle por primera vez! *(Con creciente solemnidad y tufo a discurso de ceremonia. Siri coge del brazo a Strindberg y lo lleva hasta el proscenio. Schiwe comienza a caminar lentamente por el proscenio hacia Strindberg, que está en el borde del proscenio y Siri*

un paso adelante por detrás de él) Poder conocer a uno de los más grandes dramaturgos contemporáneos, el que, con pasión por la verdad, con clarividencia y audacia ha escrito palabras que se han grabado con fuego bajo nuestra piel... por decirlo de alguna manera... Durante largo tiempo lo he admirado y venerado, de lejos. Por eso cuando el teatro Dagmar de Copenhague tiene el honor de recibirlo como huésped de honor nos encontramos en un momento histórico...

STRINDBERG. *(Están frente a frente Seco, pero halagado)* Basta, por favor. Gracias, muchas gracias. *(Le da la mano)*

SCHIWE. *(Con la mano de Strindberg retenida entre las suyas y completamente dominado por su esplendoroso discurso)* ¿Cómo darle una idea de nuestra devoción? ¿Si pudiera darle mi corazón? ¿Si pudiera ofrecerle palabras que describieran...? ¿Si pudiera darle...?

Unidad 3: El dinero

STRINDBERG. Dinero.

SCHIWE. ¿Cómo dice?

STRINDBERG. Dinero. Si quiere darme algo que sea dinero, por favor.

SCHIWE. Pero...

STRINDBERG. Pero, nada. No tengo ni un centavo y necesito dinero, dinero contante y sonante. Le advierto que también acepto pequeñas cantidades. *(Se suelta. Camina curioseando, se mete en la cocina se pierde)*

Unidad 4: Quién es quién

SIRI. *(Se acerca un poco a la cocina. Schiwe la sigue)* Aquí tienes al primer actor el señor Schiwe que ensayó el papel de Juan en *La señorita Julia*... y que nos va a ayudar en la puesta en escena de esta obra.

SCHIWE. ¡Schiwe! ¡Uno de sus más ardientes admiradores!

STRINDBERG. *(Saliendo. Parado en la entrada de la cocina)* ¡Vaya, vaya! He oído hablar de usted.

SCHIWE. *(Se acerca un poco)* ¿Cómo? Qué usted, ¿Augusto Strindberg, ha oído hablar de mí?

(Gira. Camina en la diagonal opuesta a la cocina, como reflexionando) ¡No lo puedo creer!

(Gira a Strindberg) ¿De verdad? *(Da dos pasos y se pone al lado de Siri)* ¿Usted, señor

Strindberg? *(A Siri)* ¡Claro... es natural! Sí, sé que se me empieza a considerar como uno de los mejores actores de Dinamarca. Tal vez el mejor, pero que haya usted oído, señor Strindberg.

STRINDBERG. *(Lo pasa se dirige al sofá y lo vuelve. Mientras sacude un poco el asiento)* Se habla de usted y en cuanto a *La señorita Julia*... *(Se sienta cruza la pierna)* ya no puedo esperar más sorpresas.

SCHIWE. *(Se va a sentar en el sofá)* ¿Por qué? *(Siri se acerca por detrás del sofá)*

Unidad 5: La censura

STRINDBERG. Porque la han prohibido.

SCHIWE. ¡Qué horror! Durante los ensayos me encariñé apasionadamente con el personaje de Juan. Lo encuentro profundo, lleno de ilusiones.

STRINDBERG. El fiscal de la audiencia, una vieja zorra llamada Meyer, la encuentra indecente y la prohibió. Es decir: La señora Julia se acabó. Claro que podría suprimir algunas escenas y parlamentos del texto para tratar de evadir la censura. Pero eso haría picadillo la obra, pero me importa un coño, nosotros hacemos teatro para ganar dinero. Así es que elegimos otra pieza: La más fuerte.

SCHIWE. Tiene razón, cortar ese texto sería un atentado contra... sería un crimen...

STRINDBERG. ¡Escuche, señor Schiwe! Yo ¡soy una máquina que trabaja para poder mantener a otra gente! ¡Estoy obligado a producir textos como una máquina para mantener a niños

menores de edad y a mujeres que parasitan a mi costa! (*Siri se va hacia la cocina*) ¡Las señoras exigen sangre y dinero! Por eso, ¡no puedo permitirme el lujo de tener la visión sentimental de mis obras que usted tiene!

SIRI. (*Antes de perderse en la cocina*) Sin embargo, son obras maestras, inmortales, ¿no es cierto?

STRINDBERG. Sí, en efecto. ¡A pesar de todo! (*Entra Marie David. Strindberg se para violentamente*)

Escena IV Unidad 1: La llegada inesperada

(Entra en escena silenciosa, casi imperceptible, se detiene, escucha. Marie David tiene una cara dulce, pero sin afeites. Strindberg es el primero que la ve. Se queda, como fulminado por un rayo. Hay un silencio absoluto, Schiwe no entiende nada. Siri parece tener miedo. Marie mira con toda tranquilidad a Strindberg, pero se nota que está tensa) (*Marie entra por el lateral izquierdo. Se detiene un momento. Strindberg se para frente al sofá, los dos se quedan inmóviles. Silencio. Strindberg coge el bastón que está en el sofá y se adelanta. Siri sale de cocina*)

MARIE DAVID. Perdone el retraso. (*Marie camina hacia la percha a colgar el abrigo. Strindberg se acerca a Siri. Hay un momento de tensión como si Strindberg le fuera a pegar con el bastón. Strindberg se mueve hacia la entrada del lateral izquierdo*)

Unidad 2: Se desencadena la furia

STRINDBERG. (*Se vuelve rápidamente hacia Siri y se dirige violentamente hacia ella*) ¿Qué significa esto? (*Schiwe se levanta del sofá y se aparta hacia proscenio derecho*)

SIRI. (*Siri mira a Marie, esta se sienta en la mesa de la oficina del bar. Se sirve un trago. Siri mira a Strindberg*) ¿No lo adivinas?

STRINDBERG. Adivinar, ¿qué?

SIRI. En *La más fuerte* hay un papel mudo y Marie ha tenido la gentileza de ofrecerse para interpretarlo.

STRINDBERG. (*Cruza a Siri y se detiene antes de llegar a David. Transición del violento al cínico, gira hacia Siri*) Así es que vuelve a aparecer tu amiguita.

SIRI. Ya ves.

STRINDBERG. (*Se acerca con el bastón enhiesto. Siri corre hacia el escritorio donde está Marie. Agarra una botella. Schiwe camina en sentido contrario a Siri hacia el lateral izquierdo*)

La repugnante tríbada danesa. ¡Mierda! Debería haberla matado en Grez hace tres años, sin contemplaciones. No fue suficiente botarla de la casa.

SIRI. Ahora, querido, soy una mujer libre. No te queda otra que aceptarla. Así es la vida.

STRINDBERG. ¿Fuiste tú la que tomó la iniciativa?

SIRI. Eso a ti no te importa.

STRINDBERG. Ah, ¿no?

SIRI. No te importa.

Unidad 3: El rencor

SCHIWE. (*Desde su lugar en centro izquierdo, listo para agarrar la puerta si la situación empeora*) La señora David, a pesar de su escasa experiencia teatral, ha demostrado ser una actriz polifacética, con una capacidad entrañable de transmitir y tan atractiva convence...

STRINDBERG. (*Gira y se acerca a Schiwe. En el diálogo siguiente Strindberg se mantendrá en el centro girando a uno y otro lado según hable a unos y a otros*) ¿Conoce usted a la señora David?

SCHIWI. No muy bien, pero es una persona encantadora.

STRINDBERG. Se ve que no la conoce. Pero, por desgracia, yo sí.

SCHIWE. ¡Ah! ¿Ustedes ya... se conocían?

STRINDBERG. Desafortunadamente, hace un año que corrió el falso rumor que había muerto alcoholizada.

SCHIWE. Pero no me parece correcto...

STRINDBERG. *(Se acerca a Schiwe y muy agresivamente le dice casi al oído)* ¡Me desagradan profundamente todos los que andan oliéndole el culo a mi exmujer! ¿Está claro?

MARIE DAVID. *(Marie se levanta y se lleva su trago a la mesa de la obra.)* Bueno, ya estoy aquí. No podemos hacer nada para cambiarlo. No he olvidado todo lo que pasó, pero no me preocupa en lo absoluto. Tratemos de no mezclar.

Unidad 4 Las reglas del juego

STRINDBERG. *(Se acerca a la mesa y coge la silla y la vapulea)* ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Precisamente aquí estará sentada la señora David durante las próximas horas! ¡Y con la boquita cerrada!

(Marie dulcemente se sienta en la silla. Strindberg queda en el centro de la mesa. Siri se acerca por el lateral hasta proscenio y diagonal a la mesa) Esta pieza que acabo de escribir y vamos a

ensayar *(Schiwe se acerca. Strindberg le habla directamente a él)*, para llegar a un estreno

indefectiblemente catastrófico, es la obra en un acto *La más fuerte*. Para los débiles mentales o para aquellos presentes que tal vez sean analfabetos quiero añadir la información que esta

excelente... *(Siri arrastra la silla del personaje haciendo ruido y se sienta)* Decía que esta

excelente pieza tiene dos personajes, de los cuales uno es mudo. *(Se apoya en la mesa hablando*

directamente a Marie. Schiwe pasa hacia el lado de Siri) M-u-d-o. Con M de marimacho, U de

usurpadora, D de demonio y O de obscena. ¡Mudo! ¡Así que usted permanecerá sentada aquí! ¡Y muda!

MARIE DAVID. (*Siri tiene las manos sobre la mesa, Marie se acerca y se la agarra*) ¡Siri querida! ¿Qué no haría yo por ti?

STRINDBERG. (*Da un golpe sobre la mesa. Marie retira las manos levantándolas*) ¡Ahí sentada! Y, ¡con la boca cerrada!

Unidad 5: Del agua mansa libreme Dios, que de la brava me libraré yo

MARIE DAVID. (*Strindberg camina hacia el lateral izquierdo. Marie gira por su izquierda en su asiento y le habla*) ¿Qué han hecho con usted, señor Strindberg? ¿En qué lo han convertido? Cuando nos conocimos en Grez usted era una persona tan dulce, tan amable. En realidad, usted es una de las personas más dulces, más delicadas, más sensibles que conozco...

STRINDBERG. (*Ha girado hacia Marie, pero desde su lugar*) Me tira todo eso a la cara y tengo que aguantarlo...

MARIE DAVID. ...quiero decir vulnerable, pero de ninguna manera...

STRINDBERG. Señor Schiwe... (*Schiwe se adelanta hasta el centro*) Saque el orinal. La señora empieza a soltar mierda.

MARIE DAVID. (*Se levanta y camina se para detrás de la silla en que estaba sentada. Siri se levanta y se acerca. Strindberg de un paso*) A qué viene ahora ese exabrupto tan... violento... tan viril... es como si tuviera que aparentar... como si tuviera miedo de no ser un hombre si no lo hiciera...

SIRI. (*Se para en el medio de Marie y Strindberg. Schiwe disimuladamente se ha ido al lado de la silla donde estaba Siri*) ¿No vas siquiera a tratar de portarte correctamente con Marie? Tu odio es increíble. Al fin y al cabo, vivimos juntos en Grez casi un año. Como amigos.

SCHIWE. (*Yendo a coger su abrigo*) Quizá yo deba retirarme un momento...

STRINDBERG. Haga lo que le dé la gana. Si le da pena, váyase. Regrese cuando se le pase.

SCHIWE. A lo mejor solo por unos minutos...

Unidad 6: El recuerdo quema

Movimiento general. Marie se sienta en el extremo derecho del sofá. Strindberg coge la silla que está a la izquierda de la mesa y se la lleva para proscenio izquierdo. Schiwe se sienta en la escalera y Siri es la última en moverse, se sienta en el brazo del sofá al lado de Marie. Le pone la mano en el hombro.

STRINDBERG. *(Después de un silencio)* Aunque casi todo se va a convertir en un tormento. También recordar... es un tormento. Y no puedo evitarlo. Recuerdo la despedida de la tríbada. Marie Caroline David. Marie Caroline David. Siri como la reina de la noche. Y ella como la reina de las tríbadas. Nunca pensé que las vería juntas de nuevo después de todo lo que pasó en Grez la noche de las tríbadas. *(Pausa)*

SCHIWE. ¿De qué noche habla...?

STRINDBERG. Marie Caroline... David.

Unidad 7: La guerra total

SIRI. *(Levantándose, se dirige a la percha y comienza a vestirse como la Señora X. Mientras se viste habla. Busca también las bolsas y todo lo demás. El resto de personajes se mantienen en su lugar)* ¡Ya es hora que empecemos! ¡Nos hemos retrasado bastante! ¡Ahora hay que empezar a ensayar! ¡Llevo muchos años esperando este momento, mi regreso al escenario y nada ni nadie podrá impedirlo! ¡Vamos a empezar! *(Va a buscar la silla que está detrás del escritorio y la pone al lado de la escalera, junto a Schiwe)* Todos vamos a portarnos bien con los demás y Augusto se va a sentar aquí a mirar amablemente a las señoras. Empecemos, así nos damos cuenta por donde vamos y el trabajo que queda por delante. *(Strindberg se levanta y con paso*

lento camina hacia el lugar indicado por Siri. Siri va hasta la silla en dónde estaba Strindberg y la pone en el lugar en que va para el ensayo)

SCHIWE. ¿Hace mucho tiempo que usted no pisa las tablas? ¡Qué lástima! El arte dramático sufrió una gran pérdida cuando usted se retiró... voluntariamente...

STRINDBERG. *(Strindberg se dirige a Schiwe. Siri se pone por detrás de Marie y le da unas palmaditas, Marie se levanta se va a dirigir hacia su espacio en el ensayo. Siri la sigue, se mueven por proscenio.)* Bueno, bueno. El teatro ha sobrevivido a tan grave pérdida. El arte dramático se encuentra en perfecto estado de salud. *(Siri y Marie se detienen en proscenio)* Pero hay una cosa cierta: se casó conmigo por el interés de hacer carrera a costa de mi nombre. Yo estaba enamorado era un tonto y ella tenía unas ganas locas de triunfar. Así de sencillo y cierto. Una mujer encantadora.

SIRI. *(Siri se acerca a su silla y le habla a Strindberg. Marie cruza hasta su silla y se sienta)*

¡Así se escribe la historia! ¡Este hombre me saca de quicio! No olvides añadir que desde el día del matrimonio y durante siete años de escaseces y miserias, me he pasado la vida trabajando de criada como una burra. Esa ha sido mi carrera, amiguito. Muchas gracias. *(Siri se sienta)*

STRINDBERG. ¡Eso es! ¡Tus planes se esfumaron!

MARIE DAVID. *(Desde su asiento)* No puedo creer que lleven siete años repitiéndose lo mismo por lo menos ocho veces por semana. ¿No tienen algún tema nuevo... original... para sus peleas?

SIRI. *(Idem)* Consígueme una vida nueva, original y verás cómo también te dará gusto en eso.

MARIE DAVID. Pero de qué sirve repetir todos los días...

STRINDBERG. (*Se levanta y va hasta el centro de la mesa*) Se olvida constantemente. ¡Su papel es mudo! Aquí está, en la primera página. Mire, ¿lo ve? ¿Por qué sigue con su cháchara? Tarde o temprano voy a perder la paciencia.

SCHIWE. (*Acercándose a Strindberg. Ahora los dos están parados por detrás de la mesa y las dos señoras sentadas en sus respectivas sillas*) Pero la acción interior... no debemos olvidar que este personaje mudo tiene que ser interpretado a través de la acción interna y expresado a través de pequeños gestos, el rostro debe contraerse expresivamente... para así narrar sentimientos... conmovedores, mudables... apasionados a veces... las manos pueden... también... moverse de apasionadamente y los ojos expresar terror...

STRINDBERG. (*Desde su lugar dirigiéndose directamente a Siri*) Siri, mi querida ex esposa, eres una mujer encantadora, pero siempre has tenido un gusto espantoso para elegir amistades. Mira a este... sapo... (*Schiwe se pone detrás del asiento de Marie*) apasionado. Es un mal gusto tremendo. A veces pienso que tú... intencionalmente... has tratado de herirme... de minimizarme... buscándote amigos a los que yo no podría respetar jamás.

SIRI. ¡Dios mío! (*Se levanta*) Es...

SCHIWE. (*Gritándole*) ¡Exijo una disculpa! ¡Y un desagravio! ¡Esto ya se pasó de la raya! ¡Exijo una disculpa y un desagravio! ¡El señor Strindberg me ha llamado sapo!

Unidad 8: Armas de la guerra: la burla y el escarnio (*Todos continúan en sus posiciones*)

STRINDBERG. Pero... ¿está equivocado! ¿No dije sapo apasionado?

SCHIWE. ¿Dijo eso?

STRINDBERG. Sí, lo recuerdo con toda claridad. Pregunte a las señoras

SIRI. Sí, eso dijo.

STRINDBERG. ¿Lo ve?

SCHIWE. Claro, no... Bueno, en cualquier caso ¡exijo una disculpa!

STRINDBERG. *(Se acerca a Schiwe, le pasa una mano por encima y camina con él hasta centro izquierdo)* Pero, claro... Le pido mil disculpas, señor Schiwe. Me porté como un imbécil. Señor Schiwe, usted es mi amigo. Tenemos que mantenernos unidos. Porque usted, a pesar de todo ¡es un hombre! En la lucha contra las mujeres debemos mantenernos unidos.

MARIE DAVID. *(Se levanta de la silla, se coloca detrás de la mesa y le habla directamente a Siri)* Yo ahora tengo que preguntar en serio qué es lo que vamos a hacer. Guerra contra las mujeres o ensayo. ¿Va a ver ensayo o no?

SCHIWE. *(Regresando al espacio escénico)* Es verdad, tenemos que...

SIRI. Por el amor de Dios. Primera página, desde el principio, siéntense y déjense de comportarse como... *(Todos van a ocupar sus espacios. Cogen sus respectivos libretos. Siri ocupa el lugar de entrada en el lateral izquierdo, ha recogido los bolsos y la cartera y se prepara para entrar en escena. Schiwe se sienta en la escalera, Marie en su silla. El texto está rodando mientras todo eso sucede)*

STRINDBERG. ...mujeres...

SIRI. Primera página, desde el principio.

Unidad 9: El ensayo

STRINDBERG. *(Moviéndose libremente por el escenario, haciendo énfasis en las situaciones similares a la vida real)* Esta breve pieza en un acto que acabo de escribir y que va a estrenarse aquí, estreno mundial, por cierto, es la estremecedora descripción del enfrentamiento entre dos mujeres. Las dos aman al mismo hombre. Luchan por él. Aunque él está ausente, domina la acción dramática. Como suele ocurrir en la realidad. Finalmente, una de las dos señoras sale vencedora de la confrontación y vuelve al lado del hombre. La escenografía es muy sencilla. Siri

entra... no, es un error, quiero decir la señora X. Va vestida de invierno... Allí se encuentra con... la que llamaremos señora Z. En mi opinión una mujer bastante repulsiva, desteñida, en cierta medida grotesca, nariz aguileña... ¡Bien! Está sentada ante una copa de brandy a medio beber (*Marie se sirve de la botella que Siri puso enfrente a su asiento al comenzar la obra. Bebe*) ¡leyendo una revista de modas! En cuatro palabras, sus dos ocupaciones favoritas. La copa de brandy es especialmente elocuente, ese consumo de alcohol de hasta una botella de brandy diaria... a veces más, si mal no recuerdo... y me acuerdo muy bien.

SIRI. Querido Augusto. (*Strindberg se acerca*)

STRINDBERG. (*Hablando hacia las dos, cerca de Siri, de frente al público*) Sí, sí. La señora David está pues sentada ahí, tomándose una copa de brandy y leyendo una revista, que luego cambia por otra. ¡Revistas de modas y chismes!

SCHIWE. (*Se levanta en actitud de director hacia la mesa. Imita un poco al Strindberg que acabamos de ver dando instrucciones sobre la obra*) Quizá sería oportuno que el director diera unas indicaciones... un monólogo... apasionado... caracterizado por una poderosa concentración interior... un monólogo sencillo y agradable... con un calor que...

STRINDBERG. (*Yendo hacia su silla*) ¡Empiecen!

SCHIWE. En el caso de la señora David tal vez fuera oportuno que al principio proyectara un estado de ánimo sereno y apasionado...

STRINDBERG. (*Sentado*) ¡Qué cháchara tan insoportable! ¡Empiecen de una vez!

Unidad 10: La más fuerte 1

SIRI. (*Entrando se detiene después de pasar la mesa como si tardíamente se diera cuenta que Amelia está allí*) ¡Hola, Amelia!... ¡Querida Amelia! (*Va hasta el escritorio y pone las bolsas. Regresa a la mesa de Amelia*) Pero ¿qué haces aquí sola el día de Nochebuena?... ¡Ni que fueses una solterona abandonada!...

MARIE DAVID. (*Levanta los ojos de la revista, asiente con un gesto y sigue leyendo*)

SIRI. (*Se sienta*) Me da un poco de pena verte así, solitaria en un café, en vísperas de Navidad. Y... Sí... Sí... Ahora recuerdo el mal rato que me llevé hace unos años en París... Fue en un restaurant... y decían que estaban celebrando una boda... Pero el caso es que la novia leía los chistes de un periódico mientras el novio y los testigos se entretenían jugando al billar... Yo pensé... era lo lógico ¿no? Me dije... Pues la verdad es que si empiezan así ¡vaya vida y vaya final que les espera! Lógico ¿no?... Si el marido se pone a jugar al billar la noche de bodas y a la novia no se le ocurre nada mejor que leer chistes, pues... ¿No te parece? en fin, no sé por qué me he acordado... Este es un caso muy distinto.

STRINDBERG. (*Se levanta hacia la mesa*) Aquí entra una camarera con una taza de chocolate para la señora que no está bebiendo brandy. El señor Schiwe, que ha interpretado el papel de Juan en *La señorita Julia* y, que, por así decirlo, domina perfectamente lo servil puede hacer hoy de camarera.

SCHIWE. (*Se pone de pie*) ¡Eso podría interpretarse como una puya sutil!

Unidad 11: Armas de la guerra: el sarcasmo

STRINDBERG. Nada de sutil, señor Schiwe, sino burda. Una burda puya. (*Schiwe va hacia la cocina a buscar la taza de chocolate. Strindberg acerca la silla a la mesa y le habla casi en secreto a Marie*) Señora David, debo advertirle, y recordarle amablemente, que el día del estreno no la servirá un hombre, sino ¡una preciosa jovencita! ¡Ese día es muy importante que la señora David domine sus instintos! ¡Nada de tocar a la muchacha! ¡Nada de meterle mano! ¡Nada de tocarle el pecho! ¡Nada de caricias! ¡Nada de miradas ardientes! ¡Destruiría la lógica de la pieza!

MARIE DAVID. (*Se levanta*) No hay límites de hasta dónde puede llegar usted, señor Strindberg, en su vileza. Esto ha sido vulgar y cobarde y mezquino. No lo aguanto. (*Hacia la percha a buscar su ropa para salir*)

STRINDBERG. (*La sigue*) ¡Se siente herida! ¿Se irá en un arrebato de ira, para no volver nunca más? Es así, ¿verdad?

Unidad 12: Primera ruptura

SIRI. (*Levantándose*) Bien, se acabó. (*Camina en dirección a la puerta*) Me lo estaba esperando. Es tan típico de él. Todo lo haces trizas (*Le señala la puerta de salida*).

STRINDBERG. (*Camina hacia el centro dejando a Marie detrás*) Pero, ¿qué pasa? ¿Qué he hecho?

MARIE DAVID. (*Al centro recto desde percha. Ya está vestida*) No me digas que te sorprende.

SIRI. No, en realidad, no. Aunque siempre me produce la misma tristeza.

STRINDBERG. (*Se sienta en el centro de la mesa de frente a proscenio, con la cabeza entre las manos. Schiwe sale con la taza en las manos, Marie va a sentarse en el sofá*) Es muy difícil trabajar con mujeres. No se atienen a los hechos. Carecen de objetividad. Siempre se toman todo personalmente, hasta el asunto más insignificante. (*Lo agarra por una mano y tira como para que se sienta. Schiwe se sienta en el asiento de Marie*) Usted es hombre. ¡Usted comprende lo que digo!

SCHIWE. Sí, comprendo lo que... Quizá aquí sería oportuno el empleo de un estilo de interpretación algo más apasionado, con acciones más conmovedoras. (*Siri corre hacia Marie, llega al sofá se sienta al lado y la abraza*)

SIRI. (*Con Marie abrazada*) Marie, Marie querida.

STRINDBERG. (*Decidido a terminar con el abrazo*) Página 2 por la mitad. La camarera sale y ya no vuelve. Siri. Adelante.

MARIE DAVID. (*Va con calma hacia la silla, lanza una larga mirada a Strindberg, se sienta.*

Siri permanece en el sofá)

STRINDBERG. (*A Schiwe*) ¿Ha visto? Una interrupción totalmente innecesaria.

Afortunadamente conservé la sangre fría. (*Los dos hombres miran a Siri. Siri está llorando y dice todo el texto así)*

SIRI. “Te voy a decir una cosa, Amelia... Ahora que te veo así creo que habría sido mucho mejor si no te hubieras peleado con él... Te acordarás de que yo fui la primera que te dije que le perdonaras. Te acuerdas, ¿verdad? Si me hubieses hecho caso, ahora tendrías un marido y un hogar. ¿O es que no te acuerdas del año pasado? Yo creo que pasaste unas Navidades muy felices, en el campo, en casa de los padres de tu novio... Tú lo sabes... La felicidad de un hogar tranquilo te deslumbró... ¡Pero si querías dejar el teatro y todo! Sí, Amelia, sí... Después del teatro, claro, después del teatro, lo mejor que hay en el mundo es una familia y una casa... ¿No estás de acuerdo? No, me parece que no estás de acuerdo... Me parece que tú no tienes sensibilidad para esas cosas...

SCHIWE. (*Interrumpiendo, habla directamente con Strindberg*) Aquí tal vez sería conveniente que la señora David buscara una expresión de tristeza... (*Marie se sirve otra copa*)

STRINDBERG. (*Directamente a Siri*) ¿Se puede seguir sirviendo así, sin problemas, más brandy de la botella? ¿No se considera robo? (*La mirada de Siri lo hiela y cambia su discurso hacia Schiwe*) En cualquier caso, lo que nos vendría bien ahora sería un café. Un buen café. Y usted señor Schiwe deje de decir tonterías sin parar. ¿Expresión de tristeza? ¿Por qué?

Completamente absurdo y equivocado. La señora... la señora Z tuvo una vez un novio, eso lo sabemos. Pobre diablo. No lo pasaría muy bien. Pero cuando él logra liberarse del cepo, quedan los dos, él y ella, libres. Y ella no está triste. ¡Está contenta! Ella es así, tiene esa manera de ser.

SCHIWE. Pero según el texto de la pieza ella tiene que...

SIRI. Esto es increíble. (*Parándose hacia lateral derecho*)

STRINDBERG. Un hombre ausente, quizá muerto, esa es la felicidad para esta señora.

SCHIWE. Pero... la obra... usted es tan difícil de... ¿No estará bromeando, señor Strindberg?

MARIE DAVID. ¿Y ahora qué es lo que quiere? ¿Es mi vida lo que vamos a discutir? ¿O esta pieza y esta señora que, en todo caso y según el texto, no es mi doble?

STRINDBERG. Un café nos caería francamente bien. Café solo. Tal vez... tal vez si el señor Schiwe... que interpretó el papel de Juan... en La señora Julia... y...

SCHIWE. ...y domina por tanto lo servil, ya sé, sí, trataré de hacerlo. (*Se levanta hacia la cocina, gira y les habla a todos*) Dios mío, ha pasado más de una hora y si seguimos así no acabaremos hasta la madrugada. (*Sale*)

SIRI. (*Acercándose a la mesa*) Antes que me dé un ataque y va a ser pronto, quiero que al menos me aclares una cosa. (*Se sienta*) Yo he entendido la obra así: dos mujeres que no se han visto en mucho tiempo se encuentran. Las dos han estado enamoradas del mismo hombre. Estalla un conflicto entre ellas. La más fuerte gana. Y vuelve después al lado del hombre. ¿No es así?

STRINDBERG. ¡Perfecto! (*Se levanta vagabundea por detrás de la mesa*) Así mismo. El hombre ausente es el personaje central. ¡Ambas lo aman y luchan por él!

SIRI. Absolutamente cierto. Eso es lo que dice el texto. Pues entonces, ¡vamos a seguir el texto!

MARIE DAVID. (*A Siri*) Es una pieza extraña. Es como leer una cosa que... todo el tiempo está encubriendo algo, lo disfraza. Todo lo importante está al margen del texto. (*A Strindberg*)

¿Cuándo la escribió?

STRINDBERG. (*Se acerca al borde de la mesa, pero se mantiene de pie*) No mucho después que usted... dejara Grez.

MARIE DAVID. Ah, fue entonces.

STRINDBERG. (*Se sienta desafiante. Schiwe entra*) Sí, entonces.

SCHIWE. (*Acercándose con dos tazas de café en una bandeja una para Strindberg y otra para él*) ¿Cuándo ha dicho que la escribí? (*Se sienta*)

STRINDBERG. Señor Schiwe, Schiwe. Tendrá también un nombre de pila...

SCHIWE. Viggo.

STRINDBERG. Ah, Viggo. Viggo Schiwe. No es muy bonito que digamos, Viggo. Sin embargo, usted es un hombre. Con un hombre se puede hablar. Los delincuentes, los simios y las mujeres son seres movidos por instintos. Pero con un hombre se puede razonar. ¿Me entiende?

SIRI. (*Sirviéndose un trago*) Afirme con la cabeza, así el pequeño Strindberg se sentirá feliz. A nosotras nos da igual. (*La atmósfera es de una tertulia en un café*)

STRINDBERG. (*Mientras toma alegremente su café*) Escribí la pieza después de haber botado de nuestra respetable casa de Grez a la señora David y a su amiguita Sofie, otra lesbiana.

Después escribí la pieza. Así de sencillo.

SCHIWE. ¿Botado? ¿Por qué? (*Le hace una seña que no puede por la presencia de las señoras*)

SIRI. (*Divertida, descarada, desafiante*) Por Dios, no tengas reparos. Cuenta, cuéntaselo. Cada vez que te lo oigo experimento la misma sensación de vértigo. Unos cuantos hechos y un gran engaño.

STRINDBERG. Debe tratar de comprenderme, señor Schiwe, tiene que tratar de comprender mi situación en aquel tiempo. Viviendo aislado de todos y en el extranjero ¿la soledad no le da miedo? ...yo sé que usted se caga de miedo cuando anda cagando piropos por ahí... Llegaron las dos amigas de Copenhague y vivieron con nosotros en Grez. Marie y Sofie Holten. ¡El pequeño Ole, como la llamaban! Ellas que tanto odian a los hombres siempre tienen que adornarse con nombres masculinos. Las dos son tríbadas. Y entonces, señor Schiwe, ¡me quitan a mi mujer!

SCHIWE. ¡Señor Strindberg!

STRINDBERG. (*Marie y Siri comienzan a sonreír y mientras avanza el parlamento las ataca una risa imparable, de esa que mientras más tratas de contener, más estallidos sonoros hace*)

Las tolero. Vivo con ellas. Aguanto las largas declaraciones de amor de mi mujer a la encantadora figura... de la señora David... a su cintura. Se besan, se pasan el día juntas, conversan... como si yo no existiera... No logro averiguar qué hice mal... nada... simplemente ¡no existo! A los niños Marie también les empieza a caer bien. Marie... Marie... siempre la maldita cháchara sobre esa David. Y luego esa perversión sexual...

MARIE DAVID. (*Aguantando la risa*) Es verdad. Tenemos que hablar de eso. Por primera vez empiezo a darme cuenta que es necesario...

SCHIWE. ¿Es necesario?

STRINDBERG. (*Fingiendo que todo le resbala*) ¿Por qué no?

MARIE DAVID. Es absolutamente necesario.

SIRI. ¿Para entender la pieza que estamos ensayando?

STRINDBERG. Deja de hablar estupideces sobre entender la obra que trata del hombre ausente. Y punto. ¡Empiecen de una vez!

MARIE DAVID. Es verdad. El punto central se ha perdido. (*Strindberg se para. Un silencio*)

STRINDBERG. (*Comienza a caminar con pasitos pequeños rememorando el momento. Hacia la puerta*) Y llegó aquella noche. Marie se tenía que marchar... tenía que largarse.

Probablemente hubiera podido mandarla a la cárcel, ¡son cosas penadas por la ley! Pero no lo hice. La dejé escapar. Por el bien de mi mujer y porque... durante la fiesta de despedida...

SCHIWE. (*Se levanta, da dos pasos hacia Strindberg*) ¿Organizó una fiesta de despedida...? ¿después de todo eso?

STRINDBERG. (*El recuerdo lo atrapa con toda la tristeza y el odio de aquel momento. De frente al público*) Pues claro. Aquella noche... que siempre recordaré tan bien... con aquella lluvia tibia nocturna, ligera, luminosa... que cesó justo al amanecer... No me fue difícil comprobar que mi querida Siri... siento tener que mezclarte, querida... Pude comprobar el ardiente amor de mi esposa por la encantadora Marie Caroline David. (*Marie Caroline se levanta y se pone detrás de Siri. Siri recuesta la cabeza en Marie mientras que esta le masajea los hombros*)

SCHIWE. (*Un paso hacia Strindberg*) ¡Señor Strindberg! ¡Señor Strindberg!

STRINDBERG. (*Strindberg camina hacia proscenio como quien mira por una ventana. Después habla*) Estuvo lloviendo casi toda la noche y la ventana... era como un cuadro. Y allí estuve un buen rato. Cuando volví al salón allí estaban, todas. (*Gira hacia Schiwe*) Usted debería haber visto el ardiente fuego de mi mujer. (*Schiwe las mira y Strindberg se le acerca. Los dos miran mientras hablan la delicada relación de las dos mujeres*) La recuerdo con toda claridad. Puedo verla. Marie Caroline David, qué bien la veo. Desteñida y repugnante, nariz aguileña, papada y ojos amarillos, las mejillas hinchadas por la bebida... los pechos aplastados por una banda, como una tabla y las manos huesudas... papada y ojos amarillos... hinchada por el alcohol... los cachetes inflados...

SCHIWE. ¿De verdad que está hablando... de... la señora David?

STRINDBERG. (*Se oye la música. ¿Marie canta?*) Y Siri oyendo como Marie le cantaba una balada con esa voz tan especial y cuando acabó se echó a llorar (*Siri llora*). Y luego fue a sentarse al lado del monstruo aquí presente, se levanta, la coge de la cabeza entre las manos y devora sus labios con la boca abierta. Afuera ya era casi de día.

SCHIWE. ¿Y qué hizo usted?

STRINDBERG. (*Strindberg se acerca a la mesa le rellena el trago a Marie. Mientras se acerca y sirve le dice a Schiwe*) Me había dedicado a emborrachar a esta cerda y ya se caía. (*Le lleva el trago a Marie*)

SCHIWE. ¿Se refiere usted a... la señora Strindberg?

STRINDBERG. Evidentemente, me refería a la otra cerda, la señora David.

MARIE DAVID. Gracias.

SIRI. Te agradezco yo también, por lo que me corresponde.

STRINDBERG. (*Coge una silla y se sienta a horcajadas frente al público*) Recuerdo que salimos al aire libre, porque se sentía mal. Estábamos junto a la carretera. Y recuerdo que se cayó de rodillas, me miraba con sus grandes ojos, horrorizados, gimoteando y con el cuerpo apoyado la reja. Era de día y vomitó.

MARIE DAVID. ¿Así fue como lo vio?

SCHIWE. ¿Es verdad todo eso?

STRINDBERG. Pregunte a las señoras.

SCHIWE. ¿Es verdad todo eso?

SIRI. (*Se acerca Schiwe*) Mire... hay dos clases de escritores. Unos mienten juntando pequeños fragmentos de verdades. Los otros dicen la verdad utilizando un puñado de mentiras.

STRINDBERG. (*Gira en la silla hacia Siri*)¿Y yo a qué clase pertenezco?

SIRI. (*Siri se acerca en silencio por proscenio. Llega se detiene un instante y habla inmediatamente le da la espalda*) Tú eres lo peor de tu clase.

SCHIWE. (*Se sienta en el sofá al lado de Marie*) ...y usted señora Strindberg, ¿qué hizo?

¿Cómo se sintió en ese momento...?

SIRI. (*Piensa camina hasta foro. Gira a Schiwe*) No hice nada.

STRINDBERG. (*Se levanta se queda por detrás de la mesa de frente al sofá. Gira hacia sus interlocutores*) Habías perdido a tu amada y estabas triste. Te sentías desgraciada. (*A Schiwe*) Lloraba desconsoladamente ¿No fue así, querida?

SIRI. (*Camina lentamente hacia detrás del sofá y va hablando según camina*) No fue así. Durante cuatro años habíamos vivido proscritos en ese desierto europeo. Yo tenía que vivir con este niño aterrado con pretensiones de gigante y a nadie se interesaba por la persona que era yo. Y así me iba la vida, esperando siempre tiempos mejores. Esperando, siempre esperando. Y así iba envejeciendo. Un día llega esta mujer, una mujer absolutamente libre. (*Se sienta en el brazo del sofá al lado de Marie*) Y me habla como si yo fuera alguien útil, que puede servir para algo. Y me dice: ¡no es demasiado tarde! Dios mío, ¿cómo no voy a estar dispuesta a echarme en sus brazos, a amarla?

SCHIWE. Sí.

SIRI. No pude evitarlo. Me puse muy triste cuando la botó de la casa. Y lo único que se le ocurre decir a esta mierda de tipejo, es que esta mujer libre es ¡una lesbiana alcohólica!

MARIE DAVID. Una vez me habló usted de su padre... (*Strindberg se mueve libremente evadiendo las palabras*) de cómo odiaba terriblemente su carácter frío, su naturaleza de islandés, me decía. Y que no quería ser un hombre así. ¿Ha cambiado de opinión? (*Se levanta da dos pasos hacia Strindberg*) ¿Qué le pasó?

SIRI. (*Va a buscarla*) No le preguntes nada. Hace mucho tiempo ya que se olvidó de eso. Cuando no está en el centro se asusta y entonces comienza una nueva guerra. En momentos así es tan peligroso como una serpiente de cascabel asustada.

STRINDBERG. (*Acercándose, enfrentándolas indignado*) ¿Y a qué vienen esos grotescos y torpes intentos de hurgar en mi vida interior...? Mi vida interior pertenece a la historia de la literatura y tú, Siri, ¡déjala en paz!

MARIE DAVID. (*Se acerca un poco más*) ¿Puede una señora desteñida, repugnante y con papada, hacerle una pregunta?

STRINDBERG. ¿Por qué no?

MARIE DAVID. (*Se sienta en la mesa, Strindberg la imita, Siri se une a ellos. Los tres alrededor de la mesa sentados*) ¿Fue después de aquella noche cuando decidió escribir esta obra... sobre el reencuentro de dos mujeres enamoradas? (*Strindberg asiente con la cabeza*) No parece que yo haya entendido mucho esta obra.

SIRI. ¿Qué te parecería si nosotros... tal vez me atreva a proponer con toda humildad... que nos dedicásemos, aunque sea un par de minutos a ensayar la obra... o?

STRINDBERG. (*Se levanta con toda energía*) ¡Tienes razón! ¡Vamos a ensayar el reencuentro de las trébedas! ¡Basta de cháchara! ¡Fuerza y entusiasmo! (*Marie se levanta a llenar su trago con las botellas del escritorio*) Y, además, otro poco de café, ¡no nos haría daño! Señor Schiwe, usted que ha interpretado el papel de Juan en *La señorita Julia* y domina... pudiera... ¡Gracias! ¡Café para los señores y brandy para las damas! ¡Vamos a comenzar! (*Schiwe se levanta y va para la cocina*)

MARIE DAVID. (*Desde el escritorio. Sin mirarlo*) Ahora me acuerdo.

STRINDBERG. Se acuerda... ¿de qué?

MARIE DAVID. (*Girando hacia Strindberg*) Ahora me acuerdo de lo que pasó. Por qué me simpatizó usted tanto en aquella oportunidad. Ahora me acuerdo.

STRINDBERG. ¿Sí?

(FIN DEL PRIMER ACTO.)

Segundo Acto, Escena 1, Unidad 1

Siri se sienta en el sofá y estudia el libreto. Strindberg está a unos pasos de Siri, la mira, se balancea sobre la punta de los pies, parece que quiere decir algo, pero duda. Strindberg se acerca y se sienta a su lado, Siri no levanta la vista del libreto. Un silencio.

STRINDBERG. ¿Y los niños? ¿Están bien?

SIRI. *(Sin levantar la vista del libreto)* Sí.

STRINDBERG. *(Dudando)* ¿Y Karín por fin aprendió a usar la cámara fotográfica que le mandé?

SIRI. *(Seca)* No sé.

STRINDBERG. Tal vez podría... *(Cautelosamente)* si pudiera pasar este verano una semana conmigo en las islas yo podría...

SIRI. No.

Unidad 2

MARIE DAVID. *(Se sienta en la mesa con su vaso de bebida en la mano, mira melancólicamente hacia adelante y suspira)*

STRINDBERG. *(Cínico se levanta hacia la mesa del fondo. Sirve un trago)* ¿Y qué tal si le brindáramos un poco de vodka a la señora David?

MARIE DAVID. *(Lo mira sin hacer el mínimo gesto)*

STRINDBERG. *(Acercándose a la mesa. Solícito)* No sabe mal. Pruébelo solo por el placer de hacerlo alguna vez. Un buchito nada más...

MARIE DAVID. Me gusta darme un trago. O varios. Mire señor Strindberg, yo nunca, ni durante la estancia en Grez, ni después, he tratado de mantener en secreto que soy alcohólica. Lo soy. Y mucho menos pretendo ocultarlo con mentiras. Ni eso, ni todo lo demás.

STRINDBERG. *(Algo desconcertado)* Bueno, si es así pues...

MARIE DAVID. Así es.

STRINDBERG. Pues, ¡a su salud! *(Brinda y se toma el trago que había preparado)*

MARIE DAVID. *(Levantando el vaso con el trago)* ¡A la suya! *(Se lo bebe en un solo trago)*

STRINDBERG. *(Da una vuelta, camina hasta la salida se concentra, habla. Marie mira la revista, Siri estudia el libreto)* Punto por punto se va demostrando... a pesar de que dicen que miento y exagero... que tengo razón. Se demuestra. Ahora en lo que concierne a la bebida. Siempre bebiendo. Todos los presentes han oído su confesión, ¿verdad? *(Llamando)* ¡Señor Schiwe!

Escena 2, Unidad 1

(Schiwe sale con una taza de café para Strindberg, se acerca para entregársela)

STRINDBERG: También usted Sr. Schiwe, que es en todo caso un hombre y no tiene la costumbre, como las señoras, de ocultar la verdad mintiendo. ¿No oyó usted lo que decía la señora David?

SCHIWE. ¿Qué dijo?

MARIE DAVID. (*De espalda a Strindberg en la mesa*) Si quiere le puedo extender una certificación notarial para que la utilice en sus libros. Porque me temo que no tardaré en aparecer en uno de ellos...

SIRI. ¡Seguro! Yo firmo como testigo.

STRINDBERG. (*Strindberg le devuelve la taza a Schiwe y con paso apresurado se acerca al sofá*) ¿Qué? ¿Qué es lo que tú dices?

SIRI. (*Cierra el libreto se para y enfrenta a Strindberg. Sube el tono de su voz*) ¡Qué firmo como testigo! Por eso escribes tanto sobre vampiresas en tus obras. (*Caminando a sentarse a la mesa*) Dios mío, ¡qué devorador de hombres eres!

STRINDBERG. (*La intercepta interponiéndose entre ella y la mesa*) ¡Pintor de hombres! No te equivoques. ¡Los retratos literariamente!

Unidad 2

SIRI. (*Ahora indignada de verdad*) Tú devoras seres humanos. Los consumes. (*Se aparta hacia el lateral derecho hablando*) ¡Deberían haberlo visto la noche en que la pobre Victoria se suicidó! Un amigo que estaba con ella vino a nuestra habitación y nos contó. ¡Qué imbécil! Pero, claro, un hombre no aprende nunca a guardar silencio. Había que ver al señor Strindberg concentrado en escuchar todo aquello. ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué historia tan succulenta! ¡Qué expresión en el rostro del Maestro...! ¡El implacable interés de un caníbal... y como engullía los detalles! ¡Una joven intenta suicidarse! (*Strindberg se aparta hacia el lateral izquierdo, de frente al público escuchando con temor a descubrirse a sí mismo realmente en las palabras de Siri*) ¡Amor desgraciado! ¡Abandonada! Cuchillos, sangre... a tragar información... tal vez... ¿tal vez le estaban sirviendo el plato material para una obra maestra... traga pues, traga? ...una joven de la aristocracia... la noche de San Juan... una historia con un hombre... que la abandona...

engulle, traga... una navaja de afeitar... y yo viéndole los ojos que con toda frialdad y precisión iban tomando nota fríamente de todos los detalles y grabándolos en su asquerosa mente. ¿Y qué pasó con todo eso? ¡El monstruo vomitó La señora Julia! Con todos y cada uno de los detalles del suicidio de Victoria.

MARIE DAVID. Pero Siri... hay compasión que en la pieza... ¿qué más da la expresión de su cara?

SIRI. ¡Tú no has sido devorada tantas veces como yo! ¡Esa es la diferencia!

STRINDBERG. (*Furioso e indignado desde su extremo izquierdo a Siri en el extremo derecho*)

Y que yo me haya visto obligado a amar a esta mujer, a esta espía, a esta traidora. ¡Que terrible! Terrible.

MARIE DAVID. (*Asombrada gira hacia Strindberg*) ¿Pero la quiere de verdad?

Unidad 3

SCHIWE. (*Asombrado camina hasta la mesa y se para por detrás de ella*) Si por lo menos pudiera entender algo de lo que dicen... qué es en realidad, lo que tienen de extraordinario los escritores.

SIRI. ¡Nada!

STRINDBERG. (*Desde su lugar*) Yo se lo voy a decir. Escribimos palabras. En el fondo eso es realmente extraordinario.

SCHIWE. ¿Realmente?

STRINDBERG. Yo pongo por escrito en un papel los sentimientos y temores de las personas. antes que ellos noten que los tienen. ¡Y ellas se indignan contra el que lo ha escrito! ¡Eso es lo que a mí me parece extraordinario!

Unidad 4

SIRI. (*Se acerca a la mesa mientras habla*) ¿Estás oyendo, Marié? Augustico tiene mucho mejor ánimo que en Grez. ¡Qué vitalidad!

MARIE DAVID. Imagínate que utilizara toda esa energía en la lucha por la liberación de la mujer...

STRINDBERG. (*Furioso, gritando, se acerca a David*) ¡Láveselo antes de hablar conmigo, señora David! ¡Si es que tiene! (*Con calma regresa a proscenio derecho*) Sí. Sí. Sí. ¡Perdón! Fue una estupidez. ¡He dicho una estupidez! ¡He pedido perdón! ¿Tengo que hacerlo por escrito

SCHIWE. (*Lamentándose se acerca a Strindberg*) Pero el ensayo... el ensayo... el teatro... ¡Qué va a ser de esta puesta en escena!

MARIE DAVID. Siri, mi amor, ¿quieres servirme otro trago de vodka? (*Le acerca el vaso a Siri, esta se levanta a la mesa de las botellas*)

STRINDBERG. (*Yendo a la mesa a buscar el libreto de la obra*) Página 2 abajo. La señora David sentada en la silla, en silencio. Siri canta las delicias del hogar. Empieza.

SIRI. (*Regresando a la mesa con el trago de Marie*) ¿Dónde?

STRINDBERG. (*Le enseña el libreto*) “No hay nada como el hogar”. (*Siri coge el libreto y se aleja hacia el lateral derecho leyéndolo. Schiwe se sienta la escalera*)

Unidad 5

MARIE DAVID. (*Ya está un poco pasada de tragos. Sonríe burlona mientras saborea su vodka*) Precisamente lo que siempre decía mi sifilítico padre, cada miércoles y cada viernes, al salir del dormitorio después de violar a mi madre.

STRINDBERG. (*Mirando a Marie se mueve hacia Siri*) “Lo mejor que hay en el mundo es una familia y una casa”.

SIRI. (*Regresa a la mesa hablando no llega a sentarse*) “Después del teatro, claro, después del teatro, lo mejor que hay en el mundo es una familia y una casa... ¿No estás de acuerdo? No, me parece que no estás de acuerdo... Me parece que tú no tienes sensibilidad para esas cosas...”.

STRINDBERG. (*Se acerca rápidamente le arranca el libreto de la mano*) No, no, así no.

Suena fatal. (*Suplicante*) Más convicción, Siri. Estás hablando a una de esas bestias emancipadas que lo han abandonado todo, que no hacen más que andar hablando por ahí tonterías sobre la libertad. ¡Estás en una situación de superioridad! Convicción! ¡Tienes que convencer!

SIRI. (*Siri camina hacia las bolsas las coge y regresa a la mesa. Se sienta. Habla desde que viene con las bolsas en la mano*) Esto se lo he comprado a mis niños... Mira esta muñeca... Es para Lisa... Fíjate... mueve la cabeza y pestaña... ¿No te gusta?... Y ésta es una pistola para Maia... (*La Señora X carga la pistola, apunta a Strindberg y dispara Strindberg se asusta. Marie David se divierte. El texto que dice no es a Strindberg, sino a David*) Pero... ¿por qué te asustas?... ¿No te habrás creído que te iba a matar?... Ay, ay, ay. ¡Seguro que te lo has creído! ¡Qué tontería!... (*A Strindberg*) Que tú me quieras matar a mí sería muy normal... Al fin y al cabo, soy yo quien se ha interpuesto en tu camino... ¡Eso no se te olvidará nunca, claro!

MARIE DAVID. (*Risita ahogada, parece divertirse*)

SCHIWE. (*Preocupado se levanta y se acerca*) Creo que aquí sería oportuno utilizar acciones más expresivas que...

STRINDBERG. ¡Tiene que expresar miedo!

SIRI. (*Hace un exagerado gesto de terror*)

STRINDBERG. (*Regresando a su silla. Schiwe lo sigue*) ¡Dios mío, ¡qué clase de ridículo vamos a hacer!

SIRI. “¿Te asustaste? Este es el regalo para mi marido... Los tulipanes los he bordado yo misma... Entre paréntesis... No me gustan nada los tulipanes, pero como a él le encantan... Vivimos rodeados de tulipanes...”.

MARIE DAVID. (*“Levanta la mirada de la revista, irónica y curiosa”*)

SCHIWE. *(Desde su asiento a Strindberg que se encuentra sentado a su lado)* Usted está seguro que la obra es buena, ¿verdad?

STRINDBERG. Lo es. Un clásico. Se verá si llega a representarse algún día.

SIRI. ¿Seguimos, maestro?

STRINDBERG. Sí.

SCHIWE. Yo, obviamente, no quise expresar dudas sobre la excelencia de la obra, solo...

STRINDBERG. ¡Pues no la exprese!

SIRI. “¿Has visto qué pies tan pequeños tiene Bob?... Y, sin embargo, camina con una elegancia. *(Camina las zapatillas sobre la mesa que tiene puestas en las manos)* Bueno, perdona, tú... claro... como no le has visto en zapatillas, pues... no puedes...

(La Señora Z deja oír un par de carcajadas.) ¡Fíjate bien! ¡Fíjate! *(La Señora Z vuelve a reír.)*

SIRI. “Y cuando se molesta, patalea con su piecico: *(Va haciendo con sus manos todas las acciones como en un Grand Guignol sobre la mesa. Después se levanta y lo imita caminando hacia el lateral derecho)* Patalea como un niño chiquito... *(Imita la voz de Strindberg)* “En esta casa no hay nadie que sea capaz de hacer un buen café...” ¡Je!... “¿Pero es que estas criadas no saben cortar las mechas de esas luces...?” Y con el frío... con las corrientes de aire se pone histérico... Es que es muy friolento... Sobre todo, con los pies... *(Regresando a la mesa)* “Hace un frío espantoso y esa estufa se está apagando... ¡pero es que son idiotas!”. *(Siri se sienta. La Señora X frota una zapatilla contra otra. La Señora Z vuelve a reír.)* Bueno... y no te digo nada cuando empieza a buscar las dichas zapatillas... que por lo demás están siempre en el mismo sitio... al lado del armario, que es donde las deja María... María es la sirvienta... *(Mirando a Strindberg)* Una no debe reírse de su marido... no está bien... Además, que tampoco se lo merece... No, no se lo merece.

MARIE DAVID. *(Se ríe divertida y a gusto, quizá un poco animada por el vodka. También Schiwe la está pasando bien. Siri está haciendo una caricatura muy acertada de Strindberg: sus caderas redondas, su andar con pasitos cortos, sus movimientos un tanto femeninos. Los tres gozan estas pequeñas pantomimas)*

STRINDBERG. (*Malhumorado, cada vez más herido. Se levanta. Subiendo el tono de voz*)

¡Muy mal! ¡Una interpretación totalmente equivocada! ¡La esposa está describiendo conmovedores detalles personales del marido y lo hace con afecto! ¡El ridículo está fuera de lugar! Las dos mujeres luchan por el amor del hombre ausente. ¡Él es el centro del conflicto, el centro de la obra! ¡Entonces, hay que hacerlo con afecto!

SIRI. (*En el mismo tono de burla*) Sí, mi amor. (*Strindberg regresa a su asiento*) “Bueno... y no te digo nada cuando empieza a buscar las dichas zapatillas... Es el marido que te hubiera ido bien a ti, Amelia... Sí, sí, no te rías...” (*Siri no puede aguantar unas risitas. También David tiene dificultades para controlar su hilaridad. De repente para.*) Perdóname, lo cambio... (*Intenta hacer lo que le ha pedido Strindberg*) “Además que tampoco se lo merece... No, no se lo merece. Es cariñoso... es amable..., (*Haciendo un gesto con los dedos*) un hombrecito...”

Unidad 6

SIRI. (*Nuevas risitas que se transforman en carcajadas, Siri comienza a hacer ilustraciones anatómicas con discretos movimientos del dedo meñique*) Mi maridito... mi pequeño... (*A Strindberg falsamente seria*) oh, perdón... perdón...

SCHIWE. (*Incómodo, pero al mismo tiempo divertido, la cara roja, contemplando alternativamente a las Señoras y a Strindberg*) Por favor, señoras... señoras...

SIRI. ...un hombrecito, con una lombricita delgadita (*Comienza a tararear alegremente una canción picante*) ...ay, como una húmeda lombricita... no pudo sacar su cosita... porque era demasiado pequeñita...

MARIE DAVID. Pero Siri...

SCHIWE. Señora Strindberg...

STRINDBERG. (*Un momento de silencio y tensión. Se levanta hacia la mesa. Schiwe también se levanta, pero no se mueve*) Siri, me lo has prometido muchas veces. Aunque siempre supe que no podía fiarme de ti. Que me traicionarías en la menor oportunidad que tuvieras. Porque sabes que me duele. Y en cualquier ocasión, saltabas. A veces en mi propia cara, a veces por la espalda. Solo porque sabías que yo... no podía superarlo. Pero fui suave, te permití... Y entonces comenzaste a propagar el veneno.

SIRI. (*Desde su asiento*) Vamos, Augustico. No te lo tomes tan a pecho. También tú tienes que aguantar algo.

STRINDBERG. Sí, tengo que aguantar

SIRI. Es lo que hacemos todos. Nos desgastan la dignidad humana y nos destruyen la autoconfianza. Nos pasa a todos. Pero tú, por lo menos, haces literatura con ello.

STRINDBERG. Aunque no gracias a ello. A pesar de ello. Muy a pesar de ello. (*Camina hacia Schiwe, mientras habla*) Siempre fui modesto, discreto en mi actividad sexual. Creí que era lo que ella quería, que me amaba como a un niño. Pero en secreto, me despreciaba. (*Se mueve hacia el lateral izquierdo*) Al final de nuestra relación, me volví cínico, brutal, lujurioso y entonces ella me quería como... hombre. ¡Como hombre! Y entonces ¡soy un hombre! Hasta aguanta una paliza, siempre que le de lo que necesita. ¡Eso se llama idealismo!

SCHIWE. (*Se acerca a Strindberg, mientras habla*) ¡Señor Strindberg!... nadie ha pensado que el comentario sobre el... tamaño... de su... más que como una broma. . . eso no tiene la menor importancia, señor Strindberg...

SIRI. Vas a tener que contar cómo te tiraste a aquella jovencita de diecisiete años, Marta...

STRINDBERG. (*Cruza a Schiwe se acerca a la mesa sin pegarse le habla de lejos a Siri. Marie gira para oírlo*) ¡Tú piensas que me tiré a aquella zorra por gusto!

SIRI. Pues, ¿por qué otra cosa podía ser. Sí, claro, por gusto.

STRINDBERG. (*Gira a Schiwe*) Y no crea que fue una vez, lo repetía siempre. Mi adorada esposa se reía y bromeaba y tomaba un trago y de repente, saltaba. (*Gira a Siri*) Querida, Siri... (*Gira y se acerca a Schiwe*) la dulce, cerda hija de puta... con sus chistes picantes... ¡Como si fuera culpa del tornillo que la tuerca fuera demasiado grande! Un día, repleto hasta los mismísimos cojones, me fui a Ginebra y allí busqué un médico y me lo llevé un burdel. ¡Todo estrictamente científico! ¡Todo controlado! Y allí llevé a cabo la prueba de mi virilidad, por cierto, no era la primera vez, y me gustaría llamarla el rapto de Proserpina. ¡imagínese la situación, señor Schiwe y yo pensando en la obra de Bernini. Hice analizar mi esperma, que resultó fecunda. Y me la midieron, parada. ¡Seis pulgadas de largo por una y media de ancho, señor Schiwe! ¡Científicamente controlado!

SCHIWE. (*Un poco incrédulo*) ¿Seis por una y media?

STRINDBERG. (*Triunfante*) ¡Exacto!

SCHIWE. ¿Seis por una y media?... una pulgada y media... ¿de perímetro?

STRINDBERG. (*Estalla*) ¿Usted es tonto o se hace? ¡Longitud 6 pulgadas, diámetro una y media! Estoy hablando de diámetro.

SCHIWE. Ah, el diámetro, bueno... (*Parece pensar intensamente*) ...es que yo no me la suelo medir así alrededor... pero tal vez tenga que hacerlo como dice... tiene usted razón...

STRINDBERG. El perímetro se calcula dividiendo el diámetro por dos, que nos da el radio y aplicando luego la fórmula $2 \pi r$.

SCHIWE. ¿Dos “fi” erre?

STRINDBERG. Dos por “pi” por el radio. Pi es una constante, 3.1416. El radio en este caso es de 0.78 pulgadas. El perímetro es entonces 2 por 3.14 por 0.78. El perímetro son 4 pulgadas.

¡Hay mucha diferencia!

SCHIWE. Si... claro... una gran diferencia, claro... (*Schiwe tiene el lápiz de las notas en la boca*)

STRINDBERG. Un perímetro de 1.5 pulgadas sería así de delgado. Como un lápiz.

SCHIWE. (*Sacándose apesuradamente*) Sí, sí, claro.

STRINDBERG. (*Objetivo*) Mi perímetro es de 4 pulgadas. Ya me lo había calculado antes.

SCHIWE. Le creo, tengo en usted una confianza completa . . . total... Dos por “pi” por el radio.

Dos pi erre... Dos pi erre...

MARIE DAVID. Pero y estos, ¿a qué se dedican? (*Sube los pies sobre la mesa*)

STRINDBERG. (*Gira hacia las mujeres. Le contesta a David*) ¡Matemáticas! Seis por uno punto cinco. (*Camina hacia ella, pero se mantiene en el mismo lado del escenario*)

Científicamente. (*Camina hacia Siri por detrás de la mesa se queda entre las dos mujeres*) Y sin embargo ella seguía insistiendo... insinuando. Entonces por mi debilidad... la gente le perdonaba sus numerosas infidelidades, con cualquiera, un crimen moral con posibles consecuencias, hijos naturales, sífilis... ¡Débil, yo! (*Camina hacia el lateral derecho con el texto*) Yo que he viajado por toda Francia en tercera clase y he caminado kilómetros y kilómetros con una pesada mochila. ¡Yo que he escalado Los Alpes! ¡Que en un día hice a caballo 26 kilómetros! ¡Yo que he cruzado a nado un lago suizo, jugándome la vida! ¡Nadando en agua insufriblemente fría, con la angustia de la muerte! ¡Yo que he remando de una ciudad a otra, yo solito, ida y vuelta! Etcétera, etcétera. Así es que débil... ¡yo!? Y entonces, ¿por qué he hecho todo eso?

MARIE DAVID. Buena pregunta.

SCHIWE. (*Desde su lugar*) ¡Tranquilícese, señor Strindberg!

STRINDBERG. Sé que esto es ridículo. Sé que no debo degradarme de esta manera. Pero, ¿qué hago? Es extraño... que todos esos ataques al macho que llevo dentro, me hagan tanto daño. (*A la mesa, le habla a Marie*) Es verdad. No la tengo grande... sé que no soy un tipo con una cosa grande cuando la tengo muerta. Pero soy normal cuando la tengo parada. Sin embargo, todas esas habladurías ...finalmente se llegaron a convertir en... algo... muy... importante.

(*Hacia Schiwe*) Recuerdo la época de “El salón rojo”. Se burlaban de mí. Y un día organicé en presencia de testigos, y con una puta de jurado, un concurso de pichas al aire libre, justo detrás de la taberna. La famosa puta, “Oso Blanco”, me dio un aprobado raspado.

MARIE DAVID. Por favor...

SCHIWE. (*Mientras escribe en sus papeles de notas*) Esa fórmula matemática ... dos por «fi» ...sería usted ...tan amable de...

STRINDBERG. ¡No le va a servir de nada, señor Schiwe! ¡La mujer del futuro no nos necesitara! ¡No nos utilizaran! (*Le pasa el brazo por detrás de los hombros y lo gira hacia las mujeres*) ¡Mírelas! No es el desprecio frente mi miembro pequeño... ¡es también ante el suyo, señor Schiwe! ¡Incluye a todos!

SCHIWE. (*Molesto*) Pero eso no puede ser así... señor Strindberg no pueden decir esas cosas...

STRINDBERG. (*Con el brazo de nuevo por encima hacia proscenio izquierdo*) ¡Picha grande! ¡Picha pequeña! ¡Picha mediana! ¡Picha algo más pequeña que la mediana! ¡Qué más da! ¡A ellas ya no les servimos para nada! ¡No les somos de ninguna utilidad! Tengo esa sensación. Algo se está fraguando. (*Se agarra los genitales*) ¡Yo tengo un despertador en los genitales! ¡BZZZZZZ! ¡Pronto pasará algo! ¡BZZZZZZ! ¡Peligro! ¡BZZZZZZ! ¡Peligro! ¡Peligro!

SIRI. ...miren a este tipo...

STRINDBERG. ¡Quizá también a usted le concierne! ¡Quizá también sobre! Todo se tambalea ... ¡Dicen que soy muy vengativo! ¡Sí, reconozco que devuelvo un golpe con otro ¡en defensa propia! ¡Y las mujeres son culpables!

Acto 2 Escena 2 Unidad 7

MARIE DAVID. (*Bajando los pies lentamente y girando hacia Strindberg*) Señor Strindberg, estoy a punto de enamorarme de usted.

STRINDBERG. (*Se acerca*) ¿Y a qué se debe tal desgracia?

MARIE DAVID. (*Se levanta le toca la cara a Strindberg, este la rechaza*) A que no he encontrado a nadie que tenga una lógica tan marcadamente femenina como usted. Ni en la vida ni en los libros. (*Siri sonrío. Coge el libreto y memoriza letra atiende poco interesada a la discusión entre Strindberg y Marie*)

STRINDBERG. Las mujeres carecen completamente de todo tipo de lógica.

MARIE DAVID. (*Gira hacia la silla y se vuelve a sentar*) Es precisamente eso lo que quería decir. Pero es qué, además, usted expresa ese tipo de no lógica “femenina” de una manera tan divertida que la propia falta de lógica adquiere en usted un... valor estético. (*Gira sobre su asiento para poder mirarlo a la cara*) Usted tiene en su interior una delicada mujercita, señor Strindberg.

SCHIWE. (*Arranca indignado hasta el centro de la mesa*) “Una delicada mujercita...” cómo le va a decir eso... ¡al señor Strindberg!

MARIE DAVID. (*Girando hacia Schiwe*) Una mujercita dulce, intuitiva y misteriosa, a la que persigue sin cesar y...

SCHIWE. (*Subido de tono por detrás de la mesa*) Basta, ahora tengo que protestar en nombre del señor Strindberg. ¿Qué porquerías dice...?, ...una mujercita delicada... (*Camina hacia donde está Strindberg*) usted no tiene porqué aguantar esto... esto es. . .

STRINDBERG. (*Camina hacia Marie, deja atrás a Schiwe*) Yo no persigo a esa mujercita interior. Ustedes son las que la persiguen.

MARIE DAVID. (*A Strindberg*) ¿Nosotras? (*Siri deja de leer y atiende*) ¿Quiénes?

STRINDBERG. Nunca me permitirán ser la persona que yo era. Por eso la odio tan terriblemente. (*Por detrás de la mesa*) Quiero decir: las odio.

MARIE DAVID. Quizá yo, por mi propia experiencia, pueda entender lo que usted... trata de decir.

STRINDBERG. Ah, ¿sí? Sí. (*Strindberg se sienta para atenderla. Marie se levanta, y va a coger la botella de vodka. Se sirve un trago*)

STRINDBERG. El cuarto.

MARIE DAVID. Exacto. Ya me di cuenta que es bueno en matemáticas. Dos por Pi por erre.

STRINDBERG. Se está usted matando con la bebida.

MARIE DAVID. No tengo la menor duda.

STRINDBERG. Vive como una persona libre. Sabe.....si promete no decírselo a nadie...

MARIE DAVID. (*Regresando a la mesa, se sienta*) Prometido. Hable.

STRINDBERG. Le tengo una especie de simpatía. Respeto. Usted no solo habla. Usted ha hecho algo con su vida. (*Siri se levanta y camina hacia el sofá y se recuesta, siempre con el libreto en la mano. Schiwe aprovecha y se sienta a escuchar en el asiento de Siri*)

MARIE DAVID. Gracias.

STRINDBERG. ¿Sabe una cosa? Estamos ya en 1889. Y esas malditas señoras, esos apóstoles de la emancipación femenina, llevan decenios hablando sin parar de la liberación de la mujer. Pero no hacen nada. Más de la mitad de la población de la tierra son mujeres. Pero esas mierderas aún no se han liberado. La historia está llena de ejemplos de hombres sometidos que se levantaron contra sus opresores y se liberaron luchando. Las mujeres no hacen más que hablar. ¡Cacarear! Es eso lo que me saca de quicio. Yo me sumerjo en mi trabajo y al cabo de seis meses salgo a la superficie con dos obras de teatro, una novela y quince artículos en la mano. Y esas cabronas charlatanas, siguen hablando. ¿Han matado a algún opresor? ¿Le han cortado el cuello a algún tirano? ¿Han volado alguna cárcel? ¿Organizado algún levantamiento? ¿Hay sangre en las paredes? ¡No! Las monitas parlanchinas siguen hablando. El día en que tomen en sus manos la libertad, las respetaré.

MARIE DAVID. ¿Y se pondrá de su lado?

STRINDBERG. ¡No! ¡Las combatiré con más energía que nunca! Pero... ¡respetándolas!

MARIE DAVID. Ah, (*Se levanta*) el respeto... ese machismo... (*Camina hacia el lateral derecho, vaga un poco por detrás del sofá y finalmente se detiene detrás de Siri*)

STRINDBERG. ¡Ustedes le tienen miedo a la libertad!

MARIE DAVID. (*Girando*) Ah, ¿sí? No sabía... (*Sigue su camino*)

STRINDBERG. Si se les diera libertad lo único que harían sería emborracharse hasta morir.

MARIE DAVID. (*Ya detrás del sofá*) Lo voy a desilusionar. A mí no me parece que su visión de la mujer sea tan reaccionaria. Lo que pasa es que no logra comprender la diferencia entre la cárcel y la libertad.

STRINDBERG. ¡No hacen nada! Dentro de cien años todos los hombres se habrán suicidado desesperados por tanto lagrimeo. Así terminará la guerra de los sexos.

MARIE DAVID. No tiene mucha gracia (*Va a servirse otro trago*)

STRINDBERG. El quinto.

MARIE DAVID. Matemáticamente exacto. Seis por una y media.

STRINDBERG. La bebida acabará matándola.

MARIE DAVID. Con toda seguridad, ya le dije.

STRINDBERG. En cierto modo, sería una pena.

MARIE DAVID. Dentro de un rato habrá cambiado de opinión.

STRINDBERG. (*Se levanta y se acerca a ella*) Cuénteme, ¿por qué empezó?

MARIE DAVID. En todo caso no fue por la falta de libertad.

STRINDBERG. Probablemente no es más que debilidad de carácter. Tal vez sea de nacimiento.

A lo mejor tiene la sangre enferma. Se dice, bueno, eso he oído, que George Brandes, llamado también Brandes el Grande, fue su padre. Comentan que de joven frecuentaba su casa y que tenía relaciones íntimas con su madre, aunque ella estaba casada. ¿Es cierto?

MARIE DAVID. (*Regresando a su asiento*) Brandes, ese extremista de mierda...

STRINDBERG. ¡Vaya! ¡Por lo menos tiene buen gusto literario! ¡Pues entonces es de ahí es de donde le viene esa debilidad de carácter!

MARIE DAVID. (*Piensa mejor lo de sentarse y vuelve a acercarse a Strindberg*) Imagínese, señor Strindberg. Si usted hubiese conocido a mi madre. Hija natural, viviendo en un famoso barrio de putas, elevada a la categoría de esclava de la plantación de la aristocracia de Copenhague. ¡Ay, señor Strindberg, si alguna vez quisiera escribir sobre las hijas de las criadas! Pero, claro, prefiere hablar de los varones.

STRINDBERG. (*Diagonal mientras habla hacia proscenio izquierdo. Marie se vuelve a acercar a Siri por detrás del sofá*) Es casi fantasmal. La hija de Brandes contamina de peste mi

casa. En algún sitio escribió sobre su madre, “esa mujer oprimida” y como ella le explicó las interioridades de la “cárcel” en que se convierte en la familia, ¿no es así? Brandes, el niño mimado de las feministas.

SIRI. (*Con pereza mirándola, pero tirada en la misma posición*) Le estás dando por la vena del gusto. Conspiraciones y grupos feministas. Agárrate bien.

STRINDBERG. (*Mirándola, pero desde el otro extremo*) Aborto de víbora. Siempre lo supe.

MARIE DAVID. (*Marie se acerca a él por el proscenio. Después que atraviesa la mesa sube hacia centro izquierdo*) Brandes el Grande. Un radical, bien educado, culto. Cultísimo. Tenía las opiniones correctas sobre todos los temas, pero ¿de qué le servía eso a mi madre? Sí, escribió sobre ella porque no había vista nunca nada parecido: una persona que nunca se doblegaba. Todo era tan prodigiosamente exótico, pensaba en el “buen salvaje” oprimido. Un pájaro enjaulado, lo emocionaba tanto su situación, hasta que la convenció para que dejara toda aquella mierda. Nos llevó a mí y a mi hermanito con ella, fue como una novela, gran literatura. Aunque después él se vio atrapado en la jaula con ella y entonces todo se hizo muy penoso.

STRINDBERG. (*Acercándose a ella*) El robar una esposa al marido conlleva, dolor y tormento.

MARIE DAVID. (*Escapa de la cercanía de Strindberg yendo hacia proscenio izquierdo*)

Probablemente ella creyó que Brandes era la libertad, que él era su nueva vida, que la huida era posible. Pero, en realidad, Brandes no estaba enamorado. (*Strindberg va a ocupar su lugar en la mesa. Se sienta*) Simplemente sentía una gran compasión, era tan hermosa, tan oprimida por un viejo marido sifilítico, tan trágica. ¡Aquello era gran literatura! Era realmente hermosa. La esclava más hermosa de toda la plantación. Pero ¡no sabía nada! Nadie le había enseñado nada, salvo a ser decorativa y tras la huida, la propia libertad se le hizo penosa. No había leído ni un libro, no había estado nunca en el teatro, no tenía nada de qué hablar era imposible escaparse de

la cárcel corriendo. *(Comienza a acercarse lentamente)* ¡La cárcel la seguía como su propia piel!

Y el señor Brandes era un humanista tan sumamente culto, con una compasión tan grande por los oprimidos, aunque cuando mi madre se liberó, la libertad se convirtió en algo tan penoso para todos. Así es que no salió muy bien la jugada. *(Se sienta en la mesa)*

STRINDBERG. *(Con intensidad)* Supongo que muriera bebiendo. Murió alcohólica, ¿no?

MARIE DAVID. A veces cuando pienso en todos esos humanistas tan radicales, tan liberales y tan cultos que he conocido, me parece maravilloso poder hablar con un hijo de puta como usted.

STRINDBERG. Pero, en todo caso, ¡Brandes era su padre! Y el pobre esposo, el anciano esposo legítimo, engañado por su mujer, ridiculizado en los libros del ilustre literato, se vio obligado a pagar los gastos de su manutención, obligado a albergar en su casa hijos ilegítimos, obligado a sufragar los gastos del parásito que era su esposa infiel.

MARIE DAVID. Un momento, señor Strindberg, no saque conclusiones tan rápidas, un poco de calma. Brandes no era mi padre. De lo único que no estaba segura mi madre era de cuál de las violaciones que mi legítimo padre, el venerable anciano sifilítico, le infligía todos los miércoles y los viernes, había resultado fecundada. Era un hombre de costumbres muy metódicas.

STRINDBERG. Las ratas en el hoyo.

MARIE DAVID. *(Se levanta a proscenio. Habla directo con el público)* Yo la entendí sobre todo después de su liberación. Eso de la libertad había llegado a ser para ella una idea absolutamente perversa. Se le había metido en la cabeza, qué insensata ilusión, pensar que ella no era una bestia, con mente criminal, preparada siempre para la copulación. ¡No sabe usted con qué rapidez matan a una mujer esas falsas ilusiones!

STRINDBERG. Vaya.

MARIE DAVID. (*Se acerca sin sentarse*) Lo que acabó con ella, me dijo una vez, fue que en aquella nueva libertad nadie parecía necesitarla, no servía para nada. Era completamente...

STRINDBERG. ...inútil. Lo sé.

MARIE DAVID. (*Se sienta*) ¿Lo sabe? ¿Usted lo sabe? ¿Y se acuerda de mi pequeña fiestecita de despedida en Grez? ¡Qué bien la describió! ¡Qué palabras tan hermosas! “Lluvia tibia”. “Noche húmeda”. Eso de “vi como el monstruo danés la besaba...” y al final aquello tan delicado “gris amanecer”. “La noche de las trébedas”. No sé si llegó a entender alguna vez lo que sentí: echada a la calle como a una rata inútil. Con toda cortesía, claro. ¡Que refinamiento!

STRINDBERG. No beba más. Si. Recuerdo.

MARIE DAVID. Usted ha dicho que me emborrachó como una cuba. Si, sería así. Porque en las primeras horas de la mañana, de pronto, todo ese barniz culto, esa inaudita educación se había evaporado y todos fuimos terribles, terriblemente sinceros. Recuerdo que estábamos afuera, cerca de la carretera. Estaba yo. Y Siri. (*Siri se sienta en el sofá con el recuerdo*) Y usted. ¿Recuerda?

STRINDBERG. Si.

MARIE DAVID. (*Camina hacia el sofá lentamente a sentarse al lado de Siri. Cuando lo hace le coge una mano y habla prendida de ella*) Me sentía muy mal. Me apoyé con un brazo en el poste de una reja... y vomité. Me manché el vestido. Que mal me sentía. (*Le suelta la mano y le acaricia la cara*) Y Siri corría por la carretera, en círculos sin sentido, llorando y gritando. Y yo seguía vomitando. ¡Fue horrible! Me tenía que marchar. Siri lloraba. (*La abraza*) Era como separar a dos hermanas siamesas con un hacha, ¿entiende eso? (*La suelta. Se para y camina hasta terminar por detrás de la silla de Schiwe*) ¿Lo entiende? Usted estaba solo a unos pies de mí, estaba borracha, pero le veía la cara y como movía la boca. No escuchaba los sonidos. Creo

que gritaba y me insultaba. A cierta distancia había unos niños mirándonos, creo que eran del pueblo. Pero yo solo veía su cara. Una cara completamente gris en la que la boca se movía como un agujero negro y yo no oía nada. Entonces, de pronto, de golpe sentí un gran cariño por usted. Tuve la impresión de que lo comprendía perfectamente.

STRINDBERG. Sí. Sí.

MARIE DAVID. *(Para sí misma, se aparta con la intención de regresar al sofá)* Todo aquello tuvo que haber provocado un enorme escándalo en Grez.

SCHIWE. *(Marie se detiene cuando oye a Schiwe)* Por mi parte, yo contemplo a la mujer como una flor. *(Gira)*

STRINDBERG. MARIE. Y SIRI. *(Al unísono)* ¿Cómo?

SCHIWE. *(Se levanta perturbado por la reacción de los otros. Centro mesa)* No deberíamos acaso tratar de imaginar la esencia de la mujer como una planta.

STRINDBERG. *(Se levanta violentamente y camina hacia centro izquierdo)* Dios mío, pero este fantoche todavía está aquí.

SCHIWE. *(Justificándose)* Estoy esperando que traigan la cámara que me van a prestar. Era para hoy.

STRINDBERG. *(Se acerca)* La cámara.

SCHIWE. La cámara fotográfica para immortalizar este momento, usted y su compañía en la reapertura del teatro Dagmar.

STRINDBERG. La inmortalidad. *(Se sienta)* Ah, sí, esa.

SCHIWE. ¿Quiere que averigüe si ya la trajeron?

STRINDBERG. Sí, por favor, vaya a ver. *(Schiwe sale)*

Acto 2 Escena 3 Unidad 1

SIRI. (*Se levanta*) No llegamos a ninguna parte. Supongo que aquí termina mi carrera teatral.

STRINDBERG. (*Mirándola*) El teatro está desconsolado.

SIRI. Sí, no puedo evitarlo, pero tenía gran ilusión por volver. Sabe Dios si ese volverá. (*Se sienta*)

MARIE DAVID. (*Camina hasta el centro de ambos*) Entonces... ¿se acabó?

STRINDBERG. No, tenemos que seguir. Ahora debemos calmarnos y hacer un esfuerzo. Tengo deudas y necesito dinero. Nadie me prestará un centavo. Solo me queda una salida: este teatro experimental. Ningún otro teatro quiere montar mis obras. Ningún editor publica mis libros, nadie acepta mis artículos, todos hablan mal de mí. Diez años de persecuciones... me han traído aquí. A este pozo sin salida... Esta maldita ratonera, el teatro de Dagmar. Y esta maldita obra es todo lo que nos queda. Nosotros no somos absolutamente inútiles, servimos para algo. Por eso tenemos que seguir ensayando La más fuerte hasta el final. Así de sencillo. (*Silencio. Marie es la primera en moverse hacia su silla de trabajo. Siri también camina hacia la suya, pero no se sienta*)

SIRI. ¿Entonces...?

STRINDBERG. Entonces seguimos. Nosotros.

MARIE DAVID. Sí.

STRINDBERG. Página 5, “Ahora que lo pienso, nos conocimos de una forma muy rara”.

SIRI. “Ahora que lo pienso, nos conocimos de una forma muy rara...” Sí, verdaderamente.

STRINDBERG. Continúa.

SIRI. (*Siri se sienta y continúa*) “Ahora que lo pienso, nos conocimos de una forma muy rara. Cuando te vi por primera vez me diste miedo, tanto que no me atrevía a perderte de vista ni un segundo. Me las arreglaba, en medio de todas mis idas y venidas, para estar siempre cerca de ti y

como no me atrevía a ser enemiga tuya, me hice tu amiga”. Suena falso. “Pero siempre que venías a nuestra casa se creaba un ambiente cargado, un cierto malestar porque veía que mi marido no te aguantaba”. Muy cierto. Él sabía que la libertad es algo muy contagioso. “Y me sentía molesta, como cuando llevas un vestido inadecuado, raro. Hacía todo lo que estaba en mis manos para que él se mostrase amable contigo, pero sin mucho éxito, ¡hasta el día en que anunciaste tu noviazgo! Entonces surgió una intensa amistad entre ustedes, fue como si, al menos así me pareció por un tiempo, fue como si por primera vez se atrevieran a mostrar sus verdaderos sentimientos, ya tranquilos por la seguridad que daba tu reciente noviazgo”. La seguridad de la cárcel es lo que quiere decir. Le has dado la vuelta a todo con verdadero ingenio, tengo que reconocerlo. Y quién era el novio, si se puede saber, la pobre Sofie y, claro, si ella y Marie estaban juntas, tú te sentías menos celoso, pero la realidad, cariño, es que tú tenías celos de...

Acto 2 Escena 3 Unidad 2

STRINDBERG. *(Se para muy molesto y tira la silla al suelo. Camina hasta el foro. Habla desde allí)* ¡Esa terrible manía de comentarlo todo! Esa manera tan tremendamente personal de leer un texto literario... esa tremenda petulancia... ese egocentrismo... como si fuese incuestionable que se trata de ti y de las cabronas bestias, como si fueses el ombligo del mundo. ¡Interpreta tu papel y cállate! ¡A ver si aprendes de una vez a actuar con la boca cerrada!

SIRI. Y por dónde quieres que me salgan las palabras, ¿por los oídos?

STRINDBERG. *(Acercándose a recoger la silla)* ¡A tu papel! ¡Y cierra el pico! *(No llega a sentarse lo interrumpe el parlamento de Siri)*

SIRI. Sí, sí, pero es que esto es tremendamente malo, además de falso, lo veo con mayor claridad ahora que, lo estamos interpretando contigo presente. La única manera que esto sea un éxito en Copenhague es interpretarlo en finlandés diciendo que es algo de Ibsen.

STRINDBERG. No aparecerás más en mis libros. ¡Ese será tu castigo!

SIRI. ¡Socorro! ¡Me muero! ¿Habré oído bien?

MARIE DAVID. Pero es necesario discutir lo que hay de verdadero o falso en la realidad para poder representar esta obra.

STRINDBERG. (*Sentándose*) ¡Todo es verdad! ¡Cada palabra! Una verdad perfectamente documentada. ¿Es que acaso no surgieron desavenencias cuando apareció esta puerca?

SIRI. - Pero cariño, mi Augustico querido... Tú, siempre, desde que te conozco, como tantos otros hombres, te sientes presa de una angustia irracional cuando encuentras a una mujer libre. (*Se levanta y actúa como él cuando le contó lo de la alarma a Schiwe*) Te suena la alarma que llevas en los huevos. ¡Bzzzzzz! ¡Peligro! Bzzzzzzzzz. ¡Entonces te entra una angustia de muerte y re pones a gritar que es lesbiana! ¡Bzzzzzzzzzzzzzzzz!

STRINDBERG. ¿Cómo? (*Se para sorprendido, con una calma extraordinaria*) ¿Es que no es lesbiana? ¡Cuéntame!

MARIE DAVID. Lo soy y ¿qué?

STRINDBERG. No, a la mujer libre no le tengo miedo. Pero, ¡tienen que trabajar, tienen que quererme y no andar hablando mal de mí a mis espaldas y riéndose de mi pinga!

SIRI. Obviamente, para ti la mujer no es como una flor...

STRINDBERG. (*Se sienta*) En todo caso sería una amapola. Hermosa por fuera, opio por dentro. ¡Opio! Imprescindible cuando se ha probado y, al mismo tiempo, esclavizador. Embriagador y esclavizador. (*Encantado con la hermosa metáfora*) La mujer es como una amapola.

SIRI. Ese odio a la mujer, no lo entiendo.

STRINDBERG. Estas incesantes habladurías sobre mi odio a la mujer. Yo no tengo nada, absolutamente nada en contra de las mujeres. Pero ¿te gustaría, sí, a ti Siri, que tu hija se casara con una mujer?

SIRI. – (*Regresando a sentarse*) Dios mío, sí. ¡Que descanso sería!

MARIE DAVID. Pero qué clase de mundo es este, donde gentes como usted, dónde un hombre como usted tiene que vivir gritando y medirse, longitud y diámetro y sentirse atemorizado por las mujeres y considerarlas como una droga.

STRINDBERG. Siri, ya sé, que esta obra será nuestro último contacto. Nunca volveré a ver a mis hijos, sé que vas a ser despiadada. Ya no veré más a Karin, ni a Greta, ni a Putte. Y sé que tengo que elegir entre morir y seguir viviendo. Y yo solo puedo vivir si tengo a mi lado una mujer. Eso es lo terrible. Tengo que tener hijos, ¡no puedo vivir sin los gritos de los niños!

SIRI. Hermosas ideas.

STRINDBERG. ¿Crees que soy el único que piensa así?

SIRI. No, ese es el problema. Nuevos esclavos, más opresión. A nosotras, las oprimidas...

STRINDBERG. ¡Nosotras, las oprimidas! ¿Quién coño es ese nosotras? De pronto llega esta maldita aristócrata de Finlandia, que no ha dado golpe en toda su puñetera vida, ¡Y habla de nosotras las oprimidas! ¡No tienes ningún derecho! ¡Ni siquiera a ser el portavoz de las realmente oprimidas!

MARIE DAVID. Eso no tiene sentido, señor Strindberg, no cuadra. Su lógica es femenina.

STRINDBERG. ¡Pero mi intuición es muy superior a la de ustedes! ¡Yo puedo husmear una verdad a kilómetros de distancia! ¡Encontrarla guiado por mi olfato! ¡Cazarla y luego traerla!

Acto 2, Escena 3, Unidad 3

SIRI. *(Se levanta y se aleja hacia el sofá)* A diferencia de ustedes, ¡a mí esto no me divierte! Lo he oído demasiadas veces. Yo ahora solo pienso en una cosa. ¿Voy a estrenar una obra, el día 9 de marzo de 1889 en el teatro Dagmar, o no?

MARIE DAVID. Siri tiene razón.

STRINDBERG. Sí, por una vez, sí. Es tarde, estamos cansados, pero tiene razón. Tenemos que intentar seguir ensayando hasta el final. Tenemos que concentrarnos. Vamos a ver lo más difícil. Página 8. El largo monólogo del odio, cuando se da cuenta que su amiga, había tratado de quitarle el marido.

SIRI. Sí. Vivir para ver. Vivir para ver. ¿Lo he dicho bien esta vez?

STRINDBERG. ¡Así es la obra! ¡Hay que respetar el texto del autor! Y aquí dice que las dos mujeres han luchado para conseguir el mismo hombre. Ausente y sin embargo en el centro de la acción. Ambas aman al mismo hombre y luchan por él. ¡Eso dice la obra!

SIRI. Sí, cariño. Lo amamos. Apasionadamente. ¿No crees que de vez en cuando podría besar una fotografía suya? ¿No crees que sería...?

STRINDBERG. Página 8, arriba. “Fue por eso”.

SIRI. Bueno, Marie. Parece que vamos a volver a ensayar.

STRINDBERG. “Fue por eso”. ¡Y, reconño, empieza de una vez!

SIRI. *(Marie está sentada en el sofá, apoyada, con aspecto cansado, sobre el brazo izquierdo del mueble, y Siri se sienta cariñosamente junto a ella. Comienza a leer con calma, casi resignada, contrariamente a lo que dicen las palabras: su voz es íntima, cálida, casi acariciadora)* “Fue por eso por lo que tuve que bordarle tulipanes, ¡esas flores que odio!, en las zapatillas, porque a ti te gustaban los tulipanes. Fue por eso”. *(Le coge la mano a Marie y se la acaricia delicadamente. Strindberg se aparta en diagonal hacia proscenio izquierdo con el*

objetivo de verlas de frente) “Fue por eso por lo que teníamos que veranear en las playas del lago Melar, porque a ti no te asentaba bien el mar. Fue por eso por lo que mi hijo se tuvo que llamar Eskil, porque tu padre se llamaba así. Fue por eso por lo que tuve que vestirme con tus colores favoritos, leer a tus escritores favoritos, tomar tus bebidas favoritas: tu chocolate, por ejemplo. Fue por eso, oh, Dios mío, ¡es horrible! (*Muy cálida, dulce, con una ligera sonrisa*) ...cuando me pongo a pensarlo... ¡es horrible...!”

STRINDBERG. (*Se acerca un poco*) Pero, Siri estas completamente equivocada, no es así. No debes decirlo en ese tono, ¡Sino con odio! ¡Con odio! ¡Tienes que interpretarlo con odio!

SIRI. “¡Todo era por ti, todo lo que él me daba me venía de ti! ¡Hasta tus pasiones! Tu alma se metió en la mía como el gusano en la manzana, y allí se puso a comer y a comer, hasta que no quedó más que la cáscara con una masa negra por dentro”. (*Cada vez más resignada, acaricia a Marie David*) “Quise alejarme de ti, pero no pude. Estabas allí como una serpiente mirándome con tus ojos negros y me hipnotizabas... yo sentía cómo las alas, al intentar volar, ¡me arrastraban a las profundidades! Flotaba en el agua con los pies atados y cuanto más movía los brazos intentando nadar, más me hundía, más me hundía, hasta el fondo donde me esperabas tú, un gigantesco cangrejo, para agarrarme con sus poderosas tenazas... y aquí me tienes ahora”. (*Infinitamente dulce, serena*) “Como te odio, Dios mío, como te odio, te odio”.

STRINDBERG. (*Se acerca hasta frente al sofá. Se agacha. Suplicante*) Siri, ese papel no puede interpretarse así. Ese no es el sentido, Siri.

SIRI. (*Ha dejado la pieza, abraza a Marie, fuerte, convulsivamente. Strindberg retrocede y se aparta hacia el lateral izquierdo. Siri la acaricia. Se abrazan con creciente intensidad. De pronto Siri se echa a llorar, llora cada vez más desesperada y abandonada. Apoya la cabeza en*

el pecho de Marie, la acaricia, llora sollozando, sin embargo, feliz) Ay, Marie, Marie. ¡Que sola he estado!

MARIE DAVID. (*Cierra los ojos, tiene a Siri en sus brazos como si fuera un niño, la mece suavemente*) ¡Mi pequeña, Siri! ¡Siri querida! Lloro, lloro, ya ha pasado todo.